

REVISTA DEL NOTARIADO
Colegio de Escribanos de la Capital Federal

LA EPOPEYA SANMARTINIANA() (636)*

FRANCISCO FERRARI CERETTI

REVISTA DEL NOTARIADO
Colegio de Escribanos de la Capital Federal

SUMARIO

I. Apreciación liminar. - II. Los orígenes. - III. Actuación en España. - IV. El regreso a la cuna. - V. En América. - VI. La Logia Lautaro. - VII. La formación del hogar. VIII. En Tucumán. - IX. Gobernador Intendente de Mendoza. - X. Chacabuco. - XI. Cancha Rayada y Maipú. - XII. Desobediencia y profecía. - XIII. La libertad del Perú. XIV. Guayaquil. - XV. Las tres rupturas. El renunciamento. - XVI. La muerte de su mujer y el regreso. - XVII. El retorno a la patria en 1829. - XVIII. Grand Bourg. - XIX. Las infamias y la gratitud reivindicatoria. - XX. El testamento de París. - XXI. Epílogo. - XXII. Fuentes documentales.

I. APRECIACIÓN LIMINAR

La vida de San Martín está tan expurgada y divulgada a través de historiadores y literatos, que nada nuevo vamos a descubrir con esta disertación.

Por sobre todas las cosas, fue un formador de soldados y ganador de batallas.

Altruista, amante de la verdad, con gran sentido de la responsabilidad, propuso el renunciamento; son otras de las aristas fundamentales de su modesta pero grande personalidad.

Sin embargo, en su patria, esta querida Argentina, que contribuyó a liberar en grado eminente, tuvo no pocos de sus mayores enemigos y detractores, cuando por su campaña en Chile y por su desobediencia en vísperas de la expedición al Perú lo consideraron traidor a la causa de Buenos Aires.

Por su acción social es ciudadano de toda la América independiente, y por la maestría moral que lo universaliza, pertenece a toda la especie humana.

Su efigie y su nombre custodia hoy todas las naciones del nuevo mundo y las principales de Europa, que le han levantado estatuas en su honor.

II. LOS ORÍGENES

El obispo de Buenos Aires, don Manuel Antonio de la Torre, el 1° de octubre de 1770 formalizó ante el notario don Hermenegildo de la Rosa el matrimonio que el capitán Juan de San Martín, en vísperas de partir en la misión que le fuera encomendada, en los primeros días de julio de ese año había encargado, por carta poder a su camarada Francisco Somalo y otros, cumplir con la joven Gregoria Matorras, a quien tenía dada palabra de casamiento.

Justificaba aquel documento no hacerlo ante escribano público "por la premura del viaje y por otros justos motivos que se reserva".

REVISTA DEL NOTARIADO
Colegio de Escribanos de la Capital Federal

Don Juan, tanto como doña Gregoria, descendían de gentes hidalgas de León y de Castilla, honorables y nobles, si bien no se les conoce abolengo ilustre.

Consumada la boda, la nueva esposa encaminó a reunirse con su marido que estaba en las Misiones, sobre el río Uruguay.

El teniente San Martín había sido nombrado gobernador del departamento de Yapeyú.

En las barrancosas orillas, amarillentas - tal el origen del nombre - según sostienen algunos polemistas sobre su significado, recubiertas de elegantes palmeras "Yatay", que abren en lo alto sus románticos abanicos; rugosos "Curupy" y negros "laureles" por cuyos troncos trepan las pasionarias y madre selvas, el flamante matrimonio fijó su residencia.

Y allí, en los bosquecillos de naranjos y limoneros que esparcen el embriagador perfume de sus azahares, sobre la campiña en que los jesuitas apacentaban sus rebaños, vieron la luz María Helena y 4 varones: Juan Fermín, Manuel Tadeo, Justo Rufino y el menor de ellos, José Francisco, nacido el 25 de febrero de 1778, hace 200 años.

Durante sus primeros años, en ese ambiente subtropical debió gozar de alguna caricia de los indios que poblaban el lugar; más de una vez doña Gregoria debió llevarle por aquellas huertas de frutos sabrosos y por las barrancas que la brisa refresca en las tardes estivales, mientras el sol dora el cielo entre las sombras.

En 1776 se había creado el Virreynato de Buenos Aires y en 1781 don Juan de San Martín dejó su empleo en las Misiones, fijando su residencia en esta ciudad que era la capital.

El niño vivió 4 años junto al Río de la Plata, donde lo iniciaron en la doctrina cristiana, la historia sagrada y la gramática que se enseñaba en las escuelas; aprendió a leer y escribir.

Juan María Gutiérrez, uno de sus primeros biógrafos, refiere que un anciano que había sido condiscípulo de aquél en Buenos Aires, le manifestó:

"San Martín estaba destinado a ser un gran hombre; en la escuela era un niño muy notable; si hubiera muerto sin ilustrar su nombre, yo me hubiera acordado de él siempre".

Ese testimonio define la personalidad histórica que no defraudó aquellos presagios.

Aquel muchacho de tez bronceada y ojos negros y penetrantes adquirió la conciencia de que ésta era su patria, ligando para siempre su vida a estas regiones de América.

Pero don Juan de San Martín, con su mujer y sus 5 hijos criollos, en 1785 se trasladó definitivamente a España.

Sólo José volvería. Lo hizo cuando América más lo necesitaba, y la sirvió con extraordinaria abnegación.

Después de guerrear 25 años en la patria adoptiva, donde forjó su carácter y templó su voluntad, afloró en su alma el deseo de conocer el lugar donde viera la luz.

REVISTA DEL NOTARIADO
Colegio de Escribanos de la Capital Federal

III. ACTUACIÓN EN ESPAÑA

José, que cuando llegó a España contaba 7 años, ingresó en el Seminario de Nobles de Madrid, en el que adquirió nociones de ciencias naturales, geografía, matemáticas, latín, francés, retórica, música, esgrima, dibujo y baile.

No poseía talento literario y nunca llegó a ser ni un mediano escritor; se distinguía, en cambio, por su memoria, su reserva, su reconcentrada atención.

La elocuencia que a veces logró en sus arengas o epístolas de la edad madura fueron producto de su clara inteligencia, del vigor moral de su carácter.

En Buenos Aires sostenía que si necesitara ganarse la vida fuera del ejército, podrá hacerlo pintando abanicos.

Las ciencias exactas, la geometría, los números, gozaron de su predilección.

Esa sucinta formación escolar dejó intacto su espíritu, que se perfilaría después en un nuevo tipo de paladín, diferente de cuantos hombres de guerra nos presenta la historia.

Su poca afición a los estudios ornamentales, los escasos medios de que disponían sus padres y su precoz vocación, lo sacaron del Colegio de Nobles para llevarlo a las filas del ejército peninsular.

Tenía 11 años cuando solicitó ser admitido como cadete en el Regimiento de Murcia.

Un 9 de julio de 1789, el conde de Bornes dictamina favorablemente su petición, a escasos días del 14, cuando la Bastilla cae en poder de los revolucionarios; y un día igual en 1825, el héroe, alcanzando la cúspide de su carrera, ha de hacer su entrada triunfal en Lima.

Durante 20 años ha de guerrear continuamente, en Melilla, Orán, Masden, Truilles, Villalonga, en la toma de San Telmo, en las puertas de Perpiñán.

A los 17 años es teniente en Murcia.

El 14 de febrero de 1797, en el mar, donde el vencedor de Trafalgar y el futuro vencedor de Chacabuco luchan en campos opuestos, la escuadra española sufre la derrota de San Vicente.

Entre 1801 y 1877 toma parte en el bloqueo de Gibraltar.

En Cádiz, donde los sucesos se suceden vertiginosamente, el capitán San Martín ve a su jefe totalmente inmolado por los amotinados, sin poder evitarlo.

Ha visto la multitud, el monstruo en uno de sus raptos de furor...

En Arjonilla se cubre de gloria...

El 18 de julio de 1808 el ejército de Napoleón cae derrotado en Bailén, y una medalla de oro con la leyenda escrita en una banda y una corona de laurel sobre las 2 espadas en cruz le es dada por su valerosa actuación.

En 1811 las armas de San Martín triunfan en Albuera.

La carrera de ascensos es vertiginosa, el capitán de Arjonilla, después

REVISTA DEL NOTARIADO
Colegio de Escribanos de la Capital Federal

de Bailén, es teniente coronel, y en junio de 1811, comandante del Regimiento de Dragones de Sagunto.

Pocos datos de su vida íntima dejó de los días que pasó en Madrid, Barcelona, Andalucía, Málaga, Sevilla y principalmente en Cádiz, la puerta de España hacia el Atlántico, el camino de América.

Allá conoció a varios camaradas que habrían de ser sus antagonistas en las guerras del Nuevo Mundo: el futuro general Ordóñez que cayó prisionero en Maipú; García del Río, su ministro en Lima y su primer biógrafo; Alejandro Aguado, su protector en París.

Y también, por qué no citarlo, una mujer a quien el autor del "Santo de la Espada" apodó "Pepa la gaditana", cuyo perfil se vio pasar en la penumbra de aquellos días.

Entre los papeles que Vicuña Makenna adquirió en Lima en 1860 al padre Cecilio Tagle, se encontró una carta dirigida a un español, que militaba en el Perú en 1821, que firmaba "Pepa", en la que decía a su corresponsal que si caía prisionero mostrase aquella carta a San Martín, dándole las señas de ella, que le había conocido en España, y agregaba íntimos recuerdos del tiempo de San Martín en la guarnición de Cádiz.

Retomando el carril decoroso de esta exposición, diremos que el español americano sirvió a la Madre Patria con lealtad y desmedro, combatiendo contra todos sus enemigos.

Cumplió con el antiguo deber defendiendo la cuna de sus padres.

Llegaba la hora de uno nuevo, defender la propia cuna.

Mucho debía a ese pasaje, sabía manejar sus armas, como caen los reyes y se emancipan los pueblos.

Había ganado condecoraciones, era teniente coronel a los 30 años, sus jefes lo apreciaban.

No estaba contento sin embargo.

Viejos lazos de la carne y del alma eran rotos por otros que lo ataban misteriosamente a su destino.

En 1808, en la foja de servicios que le extendió el teniente coronel Juan Maya, al pasar del Regimiento de Murcia al de Campo Mayor, se lee:

"El ayudante 1º Don José de San Martín y Matorras, su edad 27 años, su país Buenos Aires en América, su calidad noble, hijo de Capitán, su salud buena, sus servicios y circunstancias los que se expresan".

A la mención de sus ascensos citados y a su condición de soltero, la foja agregaba que no había usado nunca de licencia y el concepto formado por el comandante Menacho:

"Valor, aplicación, capacidad y conducta".

"Sujeto que puede ser útil en cualquier destino".

En 1803, don Juan de San Martín, capitán de la plaza de Málaga y ex gobernador de Yapeyú, había muerto.

La viuda Gregoria Matorras estaba pensando en el tránsito final también, aunque vivió 10 años más.

En Madrid ante el notario Francisco María Piñón otorgó testamento, en el que después de invocar su pensamiento religioso, de otras disposiciones, entre ellas: el legado del 5º a su hija María Helena y que

REVISTA DEL NOTARIADO
Colegio de Escribanos de la Capital Federal

se tuviese en cuenta al efectuar la partición lo que había gastado para mantener a los hijos varones "en el decoro y decencia de la carrera militar en que se hallan", formuló dos declaraciones importantes:

La primera, que Justo Rufino el guardia Corps, le había costado muchos maravedíes "para satisfacer sus créditos y otras circunstancias que han ocurrido"; la segunda, "Puedo asegurar que el que menos costo me ha tenido ha sido el don José Francisco".

Se ignora si el general conoció entonces esta declaración de su madre.

Doña Gregoria falleció en Orense, el año 1813, cuando San Martín acababa de dejar España.

Todos los hermanos de San Martín habían entrado en la carrera militar, que era la del padre.

Todos sirvieron con fidelidad a España, sin regresar a América.

María Helena se casó con Rafael Mechaca, empleado de hacienda, y vivió y murió también en España.

IV. EL REGRESO A LA CUNA

A fines de 1810 tuvo noticias de los sucesos de Buenos Aires, y en 1811 los caracteres separatistas de la Revolución Argentina se perfilaron más.

En vista de ello resolvió cortar con España y regresar a América embarcándose en Cádiz para Londres el 14 de setiembre de 1811.

Acababa de cumplir 33 años, y en la fragata "George Canning" que de Londres zarpaba para el Río de la Plata, se trasladó con los valerosos jóvenes: Alvear, Zapiola, Chilavert, Arellano, Vera, que venían a ofrecer su espada a la causa de la Revolución de Mayo.

Fue un acto silenciosamente heroico; quebró sus juramentos militares y "renunció a sus esperanzas", como el mismo lo señalara 10 años más tarde.

Fue algo más: romper con la patria de su sangre para fundar la patria de su espíritu.

Exteriorizó el criollo que cabalgaba dentro de su ser, para afirmar la existencia de una nueva raza: la argentina.

V. EN AMÉRICA

El 9 de marzo de 1812 la "George Canning" entró en las aguas del Plata. La lacónica noticia la dio la "Gaceta Ministerial" el 14 de ese mes, anunciando que los siete peregrinos venían a ofrecer sus armas a la Patria.

En principio sospechábase que fueran espías.

El hecho de ser Alvear sobrino del respetable notario eclesiástico don Gervasio Antonio de Posadas, les abrió las puertas ante los gobernantes Pueyrredón, Rivadavia, Chiclana.

Siete días después del arribo, el Triunvirato le concedió el grado de

REVISTA DEL NOTARIADO
Colegio de Escribanos de la Capital Federal

teniente coronel de Caballería por sus "méritos, servicios y conocimientos militares".

Se le nombró comandante del escuadrón que debía organizar.

Proyectó así el Regimiento de Granaderos a Caballo, nombrándosele su jefe; hizo donación al Estado de la mitad del escaso sueldo que le correspondía y promulga un código para los oficiales, que ellos mismos aplican, en el que rigen severas penas:

Por su cobardía en acción de guerra, en la que aun agachar la cabeza es reputada tal; por no defender el honor del cuerpo; por trampas infames como de artesanos por familiarizarse en grado vergonzoso con los subalternos; por falta de integridad en el manejo de los fondos; por jugar con personas indecentes; por difamar a su camarada entre extraños, entre otras.

Son normas de honor que siempre han regido entre los castrenses y entre los civiles, reputados de caballeros.

Él mismo elige los cadetes entre las mejores familias, y los soldados, entre los jinetes de la pampa. Da lecciones elementales a la tropa: "sobre el caballo de guerrear la cabeza ha de ir erguida, la mirada en el horizonte, sin volver nunca el rostro hacia atrás, el brazo listo para el sable y si un godo se les opone - les dice - partirle la cabeza como un zapallo".

En el Campo de Marte, antes plaza de toros, disciplinó a su Regimiento y tenía ya lista su arma, cuando recibió la orden de partir hacia la margen derecha del Paraná, porque se sabía que una escuadrilla realista había partido de Montevideo en dirección a Rosario.

Cumpliendo la orden pasó por Zárate, San Nicolás y Rosario, para finalmente en el Convento de San Lorenzo, el 3 de febrero de 1813, librar el combate épico bautismal de su Regimiento en el que han de destacarse el puntano Baigorria, el correntino Juan Bautista Cabral, el capitán Bermúdez, el teniente Manuel Díaz Vélez, los oficiales voluntarios Vicente Mármol y Julián Cervera y el capellán Julián Navarro. Todos menos él, según reza el parte de la victoria, escrito a la sombra del histórico pino, que aún se conserva.

El combate tenía suma importancia porque aseguró la paz de los ríos, anticipó la caída de Montevideo, conservó el comercio con el Paraguay y escarmentó a los invasores de tentar nuevas aventuras de ese género sobre la costa argentina.

Fue el punto de arranque de esa carrera triunfal en que palpita su generoso espíritu.

VI. LA LOGIA LAUTARO

En Buenos Aires habían existido varias sociedades análogas como la del Rito Azul, en San Telmo; La Estrella del Sur, los "Hijos de Hiram", la Logia Independencia; "La Sociedad de los Siete", que tenía su sede en la quinta de Rodríguez Peña, en cuyos conciliábulos se gestó la Revolución

REVISTA DEL NOTARIADO
Colegio de Escribanos de la Capital Federal

de Mayo.

Todas ellas sembraron ideas de emancipación.

Había que dar eficacia a la acción militar y forma orgánica a las incipientes instituciones democráticas; tal era el ideal de San Martín cuando con Zapiola y Alvear crearon la Logia Lautaro.

Los tres tenían influencias por pertenecer al Regimiento de Granaderos y prestigio por haber pertenecido en Cádiz al taller de los "Caballeros Racionales" y la "Reunión Americana" de Londres. Sus propósitos quizá no fueron instalar una asociación secreta de principios masónicos ni de métodos carbonarios, pero sí inspirada en aquellos modelos.

El nombre dado a la nueva sociedad permite sospechar que en 1812 San Martín ya pensaba orientar la guerra por el lado de los Andes, porque "Lautaro" era un personaje de la conquista de Chile.

La Logia fue combatida por Rivadavia y animada, desde adentro, por Alvear, que apoyándose en ella alcanzó rápidos altos puestos gubernativos.

Pertenecieron a ella los peregrinos de la "George Canning", jacobinos impetuosos como Castelli, Agrelo y Monteagudo; doctores graduados en Chuquisaca y granaderos como Terrada, Rodríguez, Necochea, Quintana y Rojas; algunos patriotas de la primera hora, Rodríguez Peña, Posadas, Paso, Guido, Rondeau, Balcarce y Alvarez Jonte. Pueyrredón y Belgrano lo hicieron después.

La Logia fue autónoma, aunque tomó de la masonería su misterio, su jerarquía y algunos símbolos.

Los trabajos que realizó se mantuvieron en el sigilo que sus miembros conservaron hasta su muerte.

No existe documento para probar que San Martín haya sido masón, pero consta que muchos de sus amigos lo fueron y el conocimiento de sus ideas.

En 1837 cuando el general Miller, para sus Memorias, le pide datos de la Logia Lautaro de Buenos Aires, San Martín, desde París, le escribe a su amigo en Inglaterra.

"No creo conveniente hable usted lo más mínimo de la Logia de Buenos Aires; estos son asuntos enteramente privados y aunque han tenido y tienen gran influencia en los acontecimientos de la revolución de aquella parte de América, no podrán manifestarse sin faltar por mi parte a los más sagrados compromisos".

Estas palabras revelan la seriedad religiosa con que había creado la Logia.

Los lautarinos de Buenos Aires, como verdaderos sostenedores de la libertad, habían planeado el Templo de América, cuya constitución fue su empresa.

América era la Tierra Santa de su fe, como la Colonia había constituido el Santo Sepulcro de la Libertad, y la Democracia el plan arquitectónico de la emancipación de estos lugares.

Rivadavia la combatía; por el contrario, San Martín la miraba con expectativa.

REVISTA DEL NOTARIADO

Colegio de Escribanos de la Capital Federal

La Logia inspiró a la Revolución de 1812 porque derrocó al Primer Triunvirato, correspondiendo los votos mayoritarios a Nicolás Rodríguez Peña, Juan José Paso y Antonio Álvarez Jonte para integrar el segundo. Rivadavia, que era secretario del Primer Triunvirato, no le perdonó nunca el haber sido apartado del cargo.

El juramento que éstos prestaron excluyó de la fórmula toda obediencia a Fernando VII; la emancipación como propósito externo y la democracia como plan interno, para lo que debía vigorizarse la guerra con España y convocarse a Asamblea representativa de los pueblos.

El genio de San Martín, en conjunción con Alvear y Monteagudo, triunfaron con la Logia, dando claros rumbos al movimiento de Mayo, tan poco preciso en sus primeros pasos.

Los ideales de la Logia están patentizados en la obra legislativa de La Asamblea de 1813: limpieza del sufragio popular; gobierno representativo, división de poderes, constitución democrática, emancipación americana; estado nacional; garantías individuales, mentalidad política del ejército, libertad de imprenta, inviolabilidad del domicilio, abolición de la esclavitud, de la inquisición, la mita, el yaconazgo y los tormentos; consagración de los emblemas argentinos, bandera, himno y escudo propios.

Son las mismas instituciones que San Martín implantó en el Perú, cuando ejerció el protectorado.

Las que propiciaron Echeverría y Alberdi y tenemos escritas desde 1853 en la Constitución, que gracias a Dios, todavía rige incólume.

Es toda una arquitectura que está simbolizada en la Pirámide que la Revolución de Mayo mandó levantar en nuestra plaza mayor.

El sol que la Asamblea mandó acuñar en las monedas y en el escudo, era el símbolo de la Logia.

Es el que San Martín adoptó en su bandera de los Andes 4 años después; en la que dio al Perú y en la insignia que creó en Lima, que se llamó: "Orden del Sol".

Era la exteriorización del contenido moral que contenían los propósitos de San Martín en sus empresas marciales.

De uno a otro mar por sobre los Andes, al fundar nuevas Logias Lautaro, en Cuyo, en Chile y el Perú, extendió la revolución argentina a América.

Y a esos principios fue fiel en su larga vida.

VII. LA FORMACIÓN DEL HOGAR

Al poco tiempo, al recién llegado - de estatura mediana, pero de imponente estampa marcial, cortés con las damas; sabía bailar como cuadraba a un ex alumno del Seminario de Nobles de Madrid, afable y de espontáneo señorío - se le abrieron las casas de las familias coloniales, que habían heredado las maneras cortesananas dejadas por el Virreinato.

Concurría a la morada de Marzano en requerimiento de Guido; a la de Pueyrredón en la pintoresca barranca de San Isidro, para discutir bajo el

REVISTA DEL NOTARIADO
Colegio de Escribanos de la Capital Federal

añoso algarrobo el porvenir que esperaba a América.

Otras veces iba a visitar la de Antonio José de Escalada, situada en las inmediaciones de la Catedral, que era, como después fue la de Riglos, centro de la mayor distinción para la sociedad de esa época.

Una de las dos hijas del dueño de casa y de Tomasa de la Quintana, María de los Remedios, que heredó la belleza de la madre y la gentileza del padre, de 15 años, fue impresionada por la apostura del visitante, el fuego de aquellos ojos negros, la mirada magnética y profunda y lo amó con un amor devoto y resignado.

También él quedó prendado de ella.

Había venido para dar batallas en aventuras por tierras diferentes; pero ella quiso ligar su destino al de ese hombre, que por cierto no era un personaje de idilios.

Mientras las tareas del Regimiento y los conciliábulos de la Logia eran sus más serios afanes, fue vinculándose a lo mejor de la sociedad porteña, más por cálculo político que por afición a la galantería.

Alternó con Mariquita Sánchez de Thompson, en cuya casa se ensayó el Himno, con Melchora Sarratea, Juana Pueyrredón, como un hombre de mundo.

No era un tosco soldado, como algunos historiadores lo han presentado; hablaba muy bien el francés, según Lafond, escritor y marino de Francia; y Mr. Graham, de la mejor sociedad inglesa, confirmó que nadie sabía estar mejor que él en los salones.

Pero la casa que más frecuentaba era la de Escalada, por la que habían pasado Liniers y Cisneros, los últimos virreyes de la época que precedió a la Revolución y también Beresford y los oficiales prisioneros de las invasiones inglesas, y los triunviros Rivadavia, Alvear, los altos prelados de la Iglesia y las principales figuras del ejército y la administración.

Se conversaba allí de política, milicia y negocios de asuntos mundanos y de las novedades europeas.

Se respiraba un ambiente patriarcal y cortesano; la concurrencia femenina animaba los saraos; algunas damas tocaban el clavecín; y se formaban noviazgos.

Allí San Martín formó duradera amistad con el viejo Escalada y sus hijos Mariano y Manuel, que lo acompañaron en las campañas de Chile, y lógicamente previa licencia del Triunvirato, integrado por Pueyrredón, Rivadavia y Chiclana, el 12 de setiembre de 1812 en la Catedral de Buenos Aires, ante el notario y después director Supremo de las Provincias Unidas don Gervasio Antonio de Posadas, cuyo nombre y efigie ilustra este salón del Colegio, se realizó la ceremonia nupcial.

El sacramento lo celebró Luis José de Chorroarín, por delegación del Vicario, y fueron padrinos el sargento mayor de Granaderos Carlos de Alvear y su esposa Carmen.

El 19 se dio a los contrayentes después que comulgaron, las bendiciones.

Designado jefe de todas las fuerzas de la capital, presentó un plan de defensa de la costa, y más tarde pidió se le relevara de ese Comando,

REVISTA DEL NOTARIADO
Colegio de Escribanos de la Capital Federal

creyendo mejor "ponerme a la cabeza de mi regimiento (el de Granaderos) con el que podré dar un día feliz a la patria".

Eran los días del motín de Alzaga, cuando fue necesario fusilar españoles y colgarlos en la Plaza de Mayo para castigar la conspiración realista.

Cuando concertó su noviazgo estaba adiestrando el Regimiento y organizando la Logia; cuando se casó preparábase la revolución de octubre; cuando en febrero de 1813, para la comisión que terminó en San Lorenzo, hacía 4 meses que se había casado; y en diciembre de 1813 nuevamente dejó a su mujer para la expedición a Tucumán, y no la volvió a ver hasta 1815.

Es que los azares de la guerra no le permitieron sino fugaces reposos en su hogar porteño.

VIII. EN TUCUMÁN

Después de la derrota de Belgrano en Vilcapugio y la dispersión de su ejército en Ayohuma, el Gobierno dispuso que San Martín se haga cargo del Ejército del Norte.

San Martín va a ponerse en contacto con el interior americano, soportando las molestias de sus largas travesías.

Entonces las penurias de viajar eran tan grandes como las de combatir.

En Yatasto se produjo el encuentro de los dos patriotas que no se conocían, como luego ocurriría con Güemes.

Hablaron de la patria y del terrible desastre que allí los reunía.

El 30 de enero de 1814, ya en el Comando del Ejército del Norte, termina su primera proclama:

"La patria está en peligro inminente de sucumbir. Vamos, pues, soldados a salvarla".

En oficio al Gobierno le dice:

"Yo no he encontrado más que los tristes fragmentos de un ejército derrotado".

"Un hospital sin medicinas".

"Unas tropas desnudas, con trajes de pordioseros".

No exageraba al trazar ese cuarto, tan distinto del de las tropas bizarras que imagina la posteridad al evocar hoy aquellos días de la epopeya.

El general Paz, en sus Memorias, escritas mucho después, carga más las tintas de lo que él vio entonces, siendo teniente del mismo ejército.

En él estaba ya el fermento de próximas sublevaciones, germen de futuros montoneros, madre de la anarquía y el caudillismo.

Fermento que nos trae a la memoria el clima patológico que nos ha tocado vivir recientemente; cuyas consecuencias estamos padeciendo.

Ese cuadro descorazonaba al futuro libertador y es causa de su primer desobedecimiento.

Al retener parte de la plata de Potosí, para pagar a la tropa, en Buenos Aires se le censura y se vierten apreciaciones calumniosas.

REVISTA DEL NOTARIADO
Colegio de Escribanos de la Capital Federal

Posadas, su amigo, le escribe:

"Con el obedecimiento se exponía usted a quedar en apuros, con el no cumplimiento he quedado yo aquí como un cochino".

Desde que San Martín conoció a Belgrano y a Güemes, descubrió la abnegación de uno y otro y su amistad por ambos se mantuvo hasta la muerte.

Creyó que el Alto Perú no era el camino para llegar a Lima; pero dio a la guerra de esa zona el plan, el carácter y los hombres que necesitaba.

Tal la importancia de su breve residencia en Tucumán, cuya defensa gaucha se articuló con la campaña del Pacífico en un plan continental.

En 1814 le escribe a su amigo, el triunviro Rodríguez Peña: "La patria no hará otro camino por este lado del Norte que no sea una guerra permanente, defensiva, y nada más; para eso bastan los valientes gauchos de Salta con dos escuadrones de buenos veteranos".

Cuando vio todo esto con claridad concibió su plan de ataque a Lima por el Pacífico y urdió la manera de retirarse del comando del Norte y acercarse a la frontera de Cuyo, para buscar por Chile su camino.

Este era el secreto de su genio.

En carta a Rodríguez Peña, como hombre astuto, dice que "está bastante enfermo" y "quiere retirarse para enseñar reclutas" pero le pide al Gobierno de Cuyo.

Sabe lo que busca: "un ejército en Mendoza para pasar a Chile y de allí por mar a Lima para acabar con los godos."

El 25 de abril de 1814 cayó realmente enfermo en Tucumán, padeció un vómito de sangre, accidente nuevo, que había de repetirse en el curso de sus campañas.

El opio y una férrea voluntad le permitieron sobrellevar los trabajos que se impuso abnegadamente para servir a la libertad americana.

En setiembre de 1814, recibió su nombramiento para pasar a Mendoza y hacerse cargo de la Gobernación de Cuyo.

Iba a empezar su hazaña.

IX. GOBERNADOR INTENDENTE DE MENDOZA

El 10 de agosto de 1814 el Directorio había expedido el nombramiento, que le permite instalarse en Mendoza, y dispuso que su joven esposa, "Remeditos" - tenía 18 años - , dejara la casa porteña de sus padres para ir a acompañarlo y ayudarlo en la conquista de la sociedad cuyana.

La travesía del Plata a los Andes era penosa; pésimos caminos, monótona llanura y el desierto abrumador; contribuyó a mitigarla, la compañía de la negra esclava Jesús, su parienta Encarnación Escalada de Lawson y los mendocinos Mercedes Álvarez de Segura, Manolito Corvalán y su esposa Benita Merlo.

Se encaminaba a través de aquellos desiertos para juntarse después de larga ausencia.

Desde que se casaron, pocos meses habían gozado del hogar común.

REVISTA DEL NOTARIADO
Colegio de Escribanos de la Capital Federal

Ahora tendría casa propia; sería la única temporada larga que vivió cerca de su marido.

En su casa de la Alameda alternó con las mejores damas mendocinas, con quienes organizó una sociedad patriótica.

Colabora con la empresa de su marido, dulcificando su carácter; dio convites y bailes; se interesó por los pobres; atrajo la simpatía de todos.

Con sus amigas, la chilena Dolores Prats de Huysi y las mendocinas Laureana Ferrari de Olazábal, Mercedes Alvarez y Margarita Corvalán, bordaron la bandera que el ejército llevaría triunfante hasta Lima.

En medio de una vida amable, frecuentaban ambos el trato de los vecinos, aun de los huasos y los esclavos, uniformando las voluntades para su acción política.

Cuyo comprendía entonces las actuales provincias de San Luis, San Juan y Mendoza.

Para su empresa militar extendió su acción por el Norte hasta La Rioja y por el Sur hasta Neuquén.

Cooperaron y fueron sus hombres de confianza los tenientes gobernadores de La Rosa en San Juan y Dupuy en San Luis; el general Luzuriaga y el doctor Godoy Cruz en Mendoza.

En el despacho oficial, era secretario Manuel José Amite Sarobe y había dos escribientes, pero todo lo hacía por sí mismo, siendo aquéllos otras tantas manos para su labor personal.

Fomentaba como edil los progresos de Mendoza; arregló sus regadíos y calles; vigilaba como un obispo la conducta de los sacerdotes para que no se apartaran de sus dogmas patrióticos; estimulaba la enseñanza; a él se debió la fundación del Colegio de Ciencias y Humanidades; organizó como un financista la hacienda pública a fin de aumentar los recursos, aprovechando del mejor modo su inversión; fallaba como un buen juez, en sumarios rápidos, los más variados pleitos.

Sus sentencias en la ínsula cuyana muestran lo complejo de su carácter y el parecido de su gobierno con el de los antiguos reyes patriarcales.

Acusan a una chacarera "por haber hablado contra la patria" y la condena a entregar 10 docenas de zapallos para el rancho de los soldados.

Un prisionero de guerra pide gracia el día de la Virgen del Carmen, y resuelve: "¿No ha sido poca gracia que salvase la vida?"

Un oficial ha jugado y perdido cierta suma perteneciente a la Caja del Ejército; pide hablar con él y le dice que va a hacer una confidencia al caballero. Lo escucha severamente cuando la confesión concluye, ante la pesadumbre del habilitado y sus promesas de enmienda, le entrega una suma para que reponga lo perdido, y añade: "Entregue ese dinero a la Caja, pero guarde el secreto, porque si el general San Martín llega a saber que usted ha revelado lo ocurrido, lo mandará fusilar".

Sorprenden un espía de Osorio llamado Mateo Alegría, y lo remite preso a San Luis. Hubiera debido aplicarle la pena de muerte por ese delito, pero desiste de ello por humanidad según se lo comunica al teniente gobernador Dupuy, conmutando la última pena por esta otra: "A Mateo

REVISTA DEL NOTARIADO
Colegio de Escribanos de la Capital Federal

Alegría, 4 años de obras públicas y que sea expuesto a la expectación popular con un rótulo en la frente que diga: "Infieles a la Patria e indecentes amigos del tirano Osorio»."

Quiere así que: "escarmienten nuestros ignorantes paisanos y odien tan indigno delito contra su propio país".

Después de la caída de Chile, el comercio andino disminuyó y los ingresos de aduana que constituían fuente importante de recursos sufrieron un quebranto.

Para mitigar las penurias y necesidades crecientes, San Martín recurrió a contribuciones voluntarias y a empréstitos forzosos, suprimió la vagancia y reglamentó el juego y el delito; creó alcaldes de barrio (decuriones), con amplias facultades para mantener el orden creado por él.

Con el objeto de allegar fondos al Estado, trazó un plan, aprobado por el Cabildo.

Vendió tierras públicas en almoneda; usó los intereses pertenecientes a manos muertas; realizó los bienes de las temporalidades; secuestró el patrimonio de los prófugos; estableció un impuesto del 4‰ sobre los capitales - a semejanza del actual impuesto a los patrimonios - previa declaración jurada de cada individuo; confiscó la herencia de los españoles que morían sin sucesión; gravó los vinos y alcoholes, aplicando el producido a la guerra; mantuvo los impuestos de papel sellado, pulperías y multas; organizó las donaciones en especie o en dinero y las contribuciones forzosas; en fin, dio regularidad a la economía del Estado; mayor caudal a sus arcas y más certidumbre a sus cálculos financieros.

En ese reducido ambiente se reveló como un estadista y administrador ingenioso.

Reorganizó la contabilidad civil y la militar, aunque todo dependía de su arbitrio, y manejaba "fondos secretos".

Producto de su dinamismo arrollador fueron las murmuraciones y calumnias, justificando sus acciones con el desinteresado ideal que lo inspiraba.

Llevaba de su puño y letra unos cuadernos de apuntes, donde anotaba sus quehaceres del día.

Al leerlos asombra tanto su capacidad de labor como su prodigiosa organización cerebral; se lee en ellos:

Pedir noticia del dinero existente en Caja para el 1º del mes.

Preguntar a don Pedro Molina el valor de sus pistolas.

A Lucas González, que salga dentro del 3er. día a San Luis.

Domingo Macías debe poner en Caja \$ 50 de multas en 3 días por haber robado un poncho.

A los comandantes de todos los cuerpos para que pasen una noticia de las mulas que se necesitan para la conducción de las municiones, 3 cajones con vino y 2 de aguardiente.

A la aduana que vea los paños de munición que hay en las tiendas y los deje embargados dando noticias.

Ofició al cura que el 1º de este mes no ha puesto en Caja la masa

REVISTA DEL NOTARIADO
Colegio de Escribanos de la Capital Federal

decimal.

A través de este documento, en sus escuetas líneas evoca ciudades, montañas y ríos, palpitan hombres, pensamientos, actos, paisajes e innumerables cosas.

Como ese día, fueron los 700 que San Martín pasó en Cuyo y otros tantos en Chile y el Perú.

Realiza su jornada cumpliendo menesteres ya sea de mayordomo, alcalde, notario, artesano, inquisidor, furriel, de cuanto sea necesario.

Así forjará su grandeza, empleando su ingenio y su voluntad.

Las provincias de Cuyo son pobres y sin industrias; él debe sacar todo de la nada, alfalfares, alojamiento, haciendas, vestidos, armas y hasta hombres.

Cuyo responde con abnegación, pero él sirve de ejemplo; piensa por todos y debe preverlo todo.

En la historia nunca se vio prodigio semejante.

Tanto esfuerzo lo va debilitando, a veces no duerme, y en enero de 1816 escribe a Godoy Cruz:

"Un furioso ataque de sangre y en consecuencia una extrema debilidad me han tenido 19 días postrado en la cama; los atrasos que encontré después de ellos me hicieron contraerme más y más a mi despacho: las atenciones del enemigo y apresto para recibirlos en caso de invasión, me obligaron a olvidar a mis amigos".

Y a Tomás Guido:

"El tiempo me falta para todo: el dinero, la salud mala... no sé como está mi cabeza, estoy rodeado de miseria, el mes entrante no tengo un cuartillo para dar al ejército. Si de esto salgo bien como espero, me voy a cuidar de mi triste salud a un rincón, pues esto es insoportable para un enfermo". Así transcurren los laboriosos días, entre dolores físicos y morales.

El espíritu, tenaz y vigilante, sigue alumbrándolo, cuando la carne flaquea.

A principios de 1815 el Directorio lo nombra coronel mayor equivalente a general de brigada, en despacho que firma Alvear, y renuncia al grado: "jamás aceptaré nuevos ascensos."

Iguales gestos aparecerán hasta los últimos años de su vida.

Al igual que en Buenos Aires, en Mendoza renuncia a la mitad del sueldo de gobernador, y como no puede mantener su casa con tan escasos recursos, resuelve levantarla y que su mujer vuelva a casa de sus padres. La noticia produce consternación a sus amigas; el Cabildo ofrece pagarle la otra mitad del sueldo si tal es la causa de su decisión.

Rechaza el ofrecimiento y decide que su mujer permanezca en Mendoza, para correr con él y todos los cuyanos los albueros de la guerra.

En su residencia cuyana, durante el 2º. año de su gestión, el 24 de agosto de 1816 nació la primera y única hija, que el vicario castrense Lorenzo Güiraldes, el mismo que bendijo la bandera de los Andes, bautizó con el nombre de Mercedes Tomasa San Martín y de Escalada.

Es de notar que en el acta figura como "española", no obstante que al

REVISTA DEL NOTARIADO
Colegio de Escribanos de la Capital Federal

igual que él viera la luz en tierra americana.

Piensa entonces en la vejez y en la futura suerte de la familia, y decide hacerse "labrador"; al efecto solicita a título de merced y gracia cincuenta cuadras, que justiprecia en 200 pesos que no puede pagar.

El Gobierno resolvió donarle las 50 cuadras y 200 más para Mercedes en "El Retamo".

Renuncia por su hija la donación, lo que motiva que el fiscal Ortiz dictamine que los padres no podían usar de su potestad en perjuicio de sus hijos menores, y el Gobierno mantuvo la donación.

Tal el origen de la chacra mendocina, de la que hablará con tanta nostalgia en la vejez, durante la expatriación.

En Mendoza fraguó el "Ejército de los Andes", que fue su gloria y cuna de su hija, que fue su consuelo.

El 21 de octubre de 1816 lanza esta proclama:

"A sus habitantes:

"Mendocinos: 130 sables tengo arrumbados en el cuartel de Granaderos a Caballo por falta de brazos valientes que los empuñen; el que ame a su patria y su honor, venga a tomarlos.

"¡A las armas! Mendocinos: arrojemos a los enemigos del desgraciado Chile, y en el momento regresaréis a vuestras casas cubiertos de gloria: esto os ofrece vuestro paisano, José de San Martín". (Documento encontrado por el doctor Antonio Bermejo en el Archivo de Mendoza).

Dos años trabajó San Martín hasta que a fin de 1816 tenía formado aquel ejército, con todos sus hombres y recursos.

No quedaban fuera del cuartel sino los indispensables labriegos, pastores y artesanos, pero todo el país era maestranza y campamento.

Hasta las mujeres, los niños y los frailes cooperaban en la tarea de los últimos días febriles, en vísperas de la expedición.

Cuando llegó el instante de la partida, aquella máquina enorme de hombres, animales y cosas, entró en movimiento, orientada por el genio de San Martín e impulsada por su formidable voluntad.

Levantando en su brazo la bandera que proponía llevar hasta Lima, exclamó:

"Soldados, esta es la primera bandera independiente que se bendice en América".

Y el pueblo y las tropas gritaron: "Viva la patria".

El agregó: "Soldados, jurad sostenerla muriendo en su defensa como lo juro yo".

"Lo juramos", respondieron 10.000 voces.

Un clamor semejante nunca visto desde la creación del Ejército de los Andes invadió ese ámbito.

Su destino y el de América, por fin, iban a decidirse.

X. CHACABUCO

Con el ejército poseído de ansias de liberación, el 12 de febrero de 1817

REVISTA DEL NOTARIADO
Colegio de Escribanos de la Capital Federal

con la cooperación de Las Heras, Soler, O'Higgins, Manuel Escalada, Alvarado, Zapiola, Necochea, Melián, Ramallo, Guido, Suárez, Martínez, Mansilla, Alvarez Condarco, Fray Luis Beltrán, y tantos otros cuyos nombres encabezan calles de Buenos Aires, el indio San Martín pudo obtener la victoria en Chacabuco, restaurar la libertad de Chile y sentar las bases para la vasta empresa continental.

El parte que Manuel Escalada entregó al director Pueyrredón, resumía lacónicamente la proeza.

"Al Ejército de los Andes queda la gloria de decir: En 24 días hemos hecho la campaña; pasamos la cordillera más elevada del globo, concluimos con los tiranos y dimos la libertad a Chile".

El que un chasqui llevó al Gobierno de Cuyo, manifestaba:

"Glóriese al admirable Cuyo de ver conseguido el objeto de sus sacrificios. Todo Chile ya es nuestro. El 12 de febrero sobre el llano de Chacabuco nos batimos con una división fuerte de 2000 hombres, al cabo de cuatro horas de un fuego vivísimo la victoria coronó nuestras armas".

San Martín entró en Santiago como los procónsules romanos, en hombros de la muchedumbre delirante.

Los gobiernos de Chile, de Buenos Aires, el Cabildo de Santiago, lo colmaron de honores y recompensas, que, fiel a los principios que movían su conducta, renunció.

Los \$10.000 que el Cabildo le donó y rehusara, los destinó "para la creación de una biblioteca pública que perpetuar la memoria de la Municipalidad".

"La ilustración y el fomento de las letras - dice en el oficio de su donación - es la llave maestra que abre las puertas de la abundancia y hace felices a los pueblos: yo deseo que todos se ilustren en los sagrados derechos que forman la conciencia de los hombres libres".

Sabía bien que no basta la espada para libertar a los pueblos.

De regreso de su viaje a Buenos Aires, el Estado de Chile le obsequia una nueva vajilla de plata y le fija \$ 6.000 anuales de sueldo.

Devuelve la vajilla y renuncia al sueldo, porque "no estamos en tiempo de tanto lujo y el Estado se halla en necesidades y es preciso que todos contribuyamos a remediarlas".

El Cabildo le obsequia una chacra en la vecindad de Santiago, que aceptó pero "no para que le sirva de recreo en medio de sus fatigas" sino "para que se destine una parte de sus productos al hospital de mujeres y otra a costear un vacunador para combatir la viruela".

Un realista, para adularle, le regala a su sastre una pieza de género para que le hiciese una casaca nueva, e indignado "ordena al sastre confeccionar 8 fracs al realista adúlón, con la obligación de pasar por su palacio (de los Obispos, donde se había instalado) y hacer una cortesía al enfrentar su ventana".

Vivía espartanamente como un monje; tenía una mesa de estado para sus oficiales y visitas, pero él comía de pie en la cocina, con horarios propios y viandas ligeras, como lo ha revelado Fray Juan Antonio

REVISTA DEL NOTARIADO
Colegio de Escribanos de la Capital Federal

Bouzán, que llevaba cuenta minuciosa de los gastos. Comprendía que el fausto, la cordialidad social de los banquetes y saraos, son medios sencillos de gobernar a los hombres. De ahí que algunas veces dio fiestas en su residencia en la que se bailaba aunque por motivos relacionados con la guerra. Estaba sin su mujer (enferma en Buenos Aires) y no ha quedado en Chile ninguna justificación de amoríos del héroe; si algunos llegó a tener, los recató dignamente. Los militares argentinos, como Las Heras y Guido, contrajeron matrimonio con damas chilenas. Y ni siquiera de Monteagudo, soltero recalcitrante, se conocen de él leyendas eróticas en ese tiempo y no porque las chilenas no fueran encantadoras. En cierta ocasión le presentó a una dama chilena a quien el tribuno atendió durante toda la velada con especial predilección, y al preguntarle San Martín qué le había parecido aquel caballero, ella contestó sonriendo: "muy simpático, pero mira como un salteador". Bailes como éste en honor del comodoro inglés Bowles, no eran frecuentes, ni era una fiesta la vida de San Martín. En 3 años que estuvo en Chile, cruzó 7 veces la cordillera y 2 veces fue a Buenos Aires, andando cada vez 5.000 kilómetros por la pampa; a eso se agregaba la enfermedad de su mujer y las preocupaciones por su hija. En las condiciones dio batallas, organizó ejércitos, manejó pueblos, soportó calumnias, sin que la luz de su ideal se ensombreciera entre la pobreza y la anarquía. Entre los últimos meses de 1817 y primeros de 1818 se dedicó a organizar el Ejército Unido y perseguir la formación de una escuadra. Esta fue confiada a Blanco Escalada, quien era oficial de la Marina Argentina. En su preparación de la futura campaña, instruye a sus agentes en Perú: "Toda conspiración popular tiene 3 momentos difíciles: la de la preparación, en que se suele pecar por imprudencia; el acto de la ejecución, en que se peca por debilidad; y el posterior, por necia confianza". Por consiguiente: "jamás deben dirigir un plan de revolución sino las personas más precisas y decididas, obrando en secreto". Estas instrucciones prueban su agudeza psicológica y la precisión verbal.

XI. CANCHA RAYADA Y MAIPÚ

El 19 de marzo de 1818 fue una noche aciaga para el ejército patriota al ser tomado por sorpresa por las fuerzas de Osorio acompañado de los generales Ordóñez y Primo de Rivera en lo que en la historia de América se llama la "sorpresa de Cancha Rayada", episodio peor que una derrota por sus efectos morales.

REVISTA DEL NOTARIADO
Colegio de Escribanos de la Capital Federal

El desconcierto o el horror cundieron entre los patriotas, menos para Las Heras que conservó sus fuerzas intactas en San Fernando, donde se fueron reuniendo los dispersos.

La oportunidad fue propicia para que demostrara que además de valor personal, probado en Arjonilla, San Lorenzo y Chacabuco, San Martín poseía otra rara virtud: la del valor moral.

En medio del peligro supo conservar la serenidad para permanecer lúcido en la acción; poseía además el magnífico don de infundir confianza.

Así es como 10 días después el ejército de la libertad está rehecho con su número y en su fuerza.

El enemigo prosiguió su marcha en dirección a la Capital.

El encuentro se hizo necesario y el 5 de abril de 1818, en horas de la tarde, San Martín escribe un papel manchado de sangre a O'Higgins:

"Acabamos de ganar completamente la acción. Nuestra caballería los persigue hasta concluirlos. La patria es libre".

Mitre condensa su juicio sobre esa batalla, así:

"Más que por sus trofeos Maipú fue la primera gran batalla americana, histórica y científicamente considerada, por las correctas marchas estratégicas que la precedieron y por sus hábiles maniobras tácticas sobre el campo de acción, así como por la acertada combinación y empleo oportuno de las armas, es militarmente un modelo notable, casi perfecto de un ataque paralelo que se convierte en ataque oblicuo, por el uso conveniente de las reservas sobre el flanco más débil del enemigo, por su formación y más fuerte por su calidad y número de sus tropas, inspiración que decide la victoria, siendo de notarse que San Martín como Epaminondas, sólo ganó dos grandes batallas, y las dos por el mismo orden oblicuo inventado por el inmortal genio griego. Por su importancia trascendental, sólo pueden equipararse la batalla de Maipú, la de Boyacá, que fue su consecuencia inmediata, y la de Ayacucho, que fue su consecuencia ulterior y final, pero sin Maipú, no hubieran tenido lugar Boyacá ni Ayacucho".

Cuando Bolívar supo la victoria escribió:

"El día de América ha llegado".

Al observar Las Heras que nadie iba a entender la redacción del parte enviado a Buenos Aires, San Martín sonriendo contestó: "Hemos amolado a los godos y vamos al Perú. ¿El orden oblicuo nos salió bien? Pues adelante, aunque nadie sepa lo que fue".

En gratitud por las victorias obtenidas el 12/8/1818, en Mendoza, el Gran Capitán, escribe al R. P. Guardián del Convento de San Francisco:

"La decidida protección que ha prestado al Ejército de los Andes, su patrona y generala nuestra madre y Señora del Carmen, son demasiado visibles. Un cristiano reconocimiento me estimula a presentar a dicha señora el adjunto bastón (el que usó como gobernador intendente) como propiedad suya y como distintivo del mando supremo que tiene sobre dicho Ejército".

REVISTA DEL NOTARIADO
Colegio de Escribanos de la Capital Federal

XII. DESOBEDIENCIA Y PROFECÍA

En enero de 1820 San Martín, postrado en cama, pasó los Andes de Mendoza a Chile, puesto en una camilla, transportada en hombros por una cuadrilla de peones.

Se ha instalado en el campamento de Rancagua, cerca de Valparaíso, donde la escuadra se apercibe para llevarlo al Perú.

Es cuando llega la noticia que el Gobierno de Buenos Aires ha caído.

Se cree en la obligación de renunciar por haber sido disuelto el Gobierno del que emana su autoridad.

La Junta de Generales lo reelige.

Fue el golpe de un político astuto; si el Gobierno ha caído, renuncia ante los jefes para que elijan un nuevo general.

Lo eligieron a él mismo y así pareció aquello una milicia autónoma.

En Buenos Aires se lo consideró traidor en su patria, se lo culpó de indiferencia ante las desgracias que obligan a su país, se lo tildó de aventurero para apoderarse de un ejército que no era suyo y de ambicioso vulgar porque se creyó que al ir a Lima buscaba el poder para su persona.

Se sobrepone de la amargura que le causan esas calumnias y en esas condiciones físicas y morales va a emprender viaje a Lima.

Tiene 40 años, ha llegado a la madurez y es cuando realizó sus mayores hazañas como guerrero y planeó sus empresas de más envergadura como libertador.

Es cuando lanza sus profecías a los habitantes del Río de la Plata

"Compatriotas: Se acerca el momento en que yo debo seguir el destino que me llama: Voy a emprender la gran obra de dar libertad al Perú. Mas, antes de mi partida, quiero deciros algunas verdades, que sentiría las acabarais de conocer por experiencia". Concluye la profecía:

"Compatriotas: Yo os hablo con la franqueza de un soldado: sed dóciles a la experiencia de diez años de conflictos; no deis a vuestros deseos una dirección más prudente; temo que cansados de la anarquía, suspiréis al fin por la opresión y recibáis el yugo del primer aventurero feliz que se presente, quien, lejos de fijar vuestro destino no hará sino prolongar vuestra servidumbre".

Es el Espíritu de los Tiempos que habla por boca de San Martín, profeta de nuestra historia.

Corre el año 20, Juan Manuel de Rosas, que no ha actuado en la primera década de la Revolución, es apenas un oscuro estanciero de las pampas bonaerenses; pero San Martín sabe que de aquel infierno de las guerras civiles surgirá una luz de ojos azules que irá a sentarse en el trono sangriento de una tiranía "para prolongar nuestra servidumbre".

Cuando la Argentina anarquizada ande buscando un nuevo amo, Lavalle y otros desventurados ofrecerán a San Martín la dictadura, pero éste la rechazará, porque jamás sus armas le servirán para usurpar el poder.

Y entonces Rosas vendrá del fondo de la pampa, con sus Colorados del

REVISTA DEL NOTARIADO
Colegio de Escribanos de la Capital Federal

Monte, "para prolongar nuestra servidumbre" bajo la mazorca. Aquellos pretorianos de chiripá y estos sicarios de cintillo rojo están todavía ocultos en los arcanos del tiempo; mas San Martín, el profeta, presiente el advenimiento y anuncia la tragedia porque "El es el hombre que sabe", pero nadie lo escuchará.

Y después de trazar el aciago panorama de la patria argentina, contra su costumbre rompe el silencio; traza su límpida trayectoria en España y en América y en 1820, caídos sus leales amigos Belgrano, Pueyrredón y Rondeau, se lo creyó indefenso y las jaurías lo acometieron con los peores dicterios, porque les negó el auxilio de sus tropas, a fin de salvar a éstas de una guerra civil para una más noble.

"Compatriotas: :«El general San Martín» jamás derramará la sangre de sus compatriotas y sólo desenvainará su espada contra los enemigos de la Independencia de Sud América".

No quería ser el fundador del cesarismo demagógico. El nació para más limpias hazañas.

"Desde que volví a mi patria, su independencia ha sido el único pensamiento que me ha ocupado; no he tenido más ambición que la de merecer el odio de los ingratos y el aprecio de los hombres virtuosos".

XIII. LA LIBERTAD DEL PERÚ

Y el 20 de agosto de 1820 partió del pueblo de Valparaíso, en la escuadra conducida por Lord Cochrane, que la comandaba bajo sus órdenes.

Al verla partir O'Higgins exclamó:

"De esas cuatro tablas depende la suerte de América".

Y San Martín al desembarcar en Pisco, 15 días después, dice en su primer manifiesto a los peruanos;"... vengo para satisfacer la espera de todos aquellos que deseen la libertad del país que les dio a la luz y ser gobernados por sus propias leyes".

Ni sus fuerzas que eran inferiores en número, ni el ambiente social, le aconsejaban precipitarse en batallas campales decisivas, que en 1821 podrían haberle sido adversas.

Realizó un plan de hostilidades sumamente eficaz.

Y obtuvo lo que había propuesto: entrar en Lima sin derramamiento de sangre.

Cuando el marqués de Montemira, en quien había delegado el mando el Virrey La Serna al abandonar la ciudad, envió a los diputados para que entrase a Lima para protegerla, su respuesta lacónica fue:

"No deseo entrar como vencedor y no iré sino invitado por el pueblo".

Aunque algunos le han criticado la estrategia empleada en esa ocasión, él tenía la virtud de emplear la tenacidad o la paciencia según la ocasión.

Así es como, sin disparar un tiro, el día de la Independencia Argentina, el día aniversario de su ingreso a la milicia española, 9 de julio de 1789, 5 días antes de la Bastilla, pudo entrar en la Ciudad de los Reyes y

REVISTA DEL NOTARIADO
Colegio de Escribanos de la Capital Federal

exclamar el 28, desde el tablado levantado en la Plaza Mayor:

"Desde este momento el Perú es libre e independiente por la voluntad del pueblo y por la justicia de su causa que Dios defiende".

En carta a O'Higgins haciéndole saber su entrada en Lima, dice:

"Al fin con paciencia y movimientos hemos reducido a los enemigos a que abandonen la capital de los Pizarros".

"Nuestros desvelos han sido recompensados con los santos fines de ver asegurada la independencia de la América del Sud. El Perú es libre".

"Preveo el término de mi vida pública, y voy a tratar de entregar esta pesada carga a manos más seguras, y retirarme a un rincón a vivir como hombre".

Este anuncio del retiro, hecho en varios documentos públicos y privados, fue cumplido después de Guayaquil.

Se le ha criticado que asumiera el gobierno con el título de "Protector del Perú", faltando a las instrucciones del Gobierno de Chile, que disponían la creación de un gobierno democrático.

Olvidan que convocó al Congreso y le entregó el poder y que las necesidades de la guerra imponían esa aparente claudicación, porque el Virrey y el ejército realista ocupaban aún el interior.

Como ha sucedido en nuestra patria, en situaciones similares el siglo pasado y por 2 veces en el que transitamos, mandó destruir los bustos del Rey y los escudos reales, reemplazándolos por las armas del Perú, con la leyenda: «Lima Independiente».

Creó una legión peruana para dotar al Perú de un ejército propio, poniendo al comando de ella al inglés Miller y al francés Brandsen; reorganizó la hacienda; abrió el país al comercio libre; emancipó a los esclavos; fundó la libertad de imprenta; consagró las garantías individuales; abrió una biblioteca pública a la que donó sus libros; instituyó la división de los poderes, con especiales seguridades para el poder judicial; consagró, en fin, los principios de la soberanía popular y del gobierno republicano, complementado con el Estatuto, primera Constitución del nuevo Perú, que él mismo promulgó para dar una norma a su autoridad.

Las reformas institucionales realizadas con la colaboración de sus ministros José Hipólito Unanue, Juan García del Río y Bernardo Monteagudo, cimentaron las bases liberales del nuevo Estado y valen tanto como el desembarco en Pisco, la victoria de Pasco, la entrada en Lima y la rendición del Callao.

Esa obra llevóse a cabo, para mayor mérito, durante un año de acechanzas, obstáculos y peligros.

Los vencidos debieron vengarse con calumnias contra el vencedor, aunque en el choque de fuerzas debe admitirse - tal cual se repita históricamente - que el gobierno libertador cometiera algunos abusos.

Contra las conspiraciones tomáronse algunas medidas de represión; así lo prueba el propio dicho del Libertador respecto de los papeles que se aprehendieron a un espía enemigo.

Sus enemigos le hicieron cargos por crueldades con los reos,

REVISTA DEL NOTARIADO
Colegio de Escribanos de la Capital Federal

venalidades con las confiscaciones y vejamen en los domicilios.

Cargó así con el odio que las revoluciones dejan en pos de sí y con los agravios propios de la guerra.

La tradición aristocrática era poderosa en Lima y, no pudiendo suprimirla intentó transformarla.

Con la "Orden del Sol" quiso "hacer hereditario el amor a la gloria"; que se mantuviera el recuerdo de los años heroicos "sin herir la igualdad ante la ley".

Era un propósito de docencia cívica.

"La Orden del Mérito" creada para los limeños, cuya insignia decía: "Al patriotismo de los más sensibles", fue un acto político comprensible en el ambiente limeño, en que la influencia femenina era poderosa.

La hermosa guayaquileña Rosa Campusano fue una de las favorecidas con esa condecoración.

Por la vinculación con el Libertador se la apodaba "La protectora", y Ricardo Palma en sus Tradiciones le atribuye una intimidad amorosa. Es de meditar que puede haberla utilizado por la influencia que tenía sobre los hombres importantes del Perú.

Su salón, como el de Mariquita Thompson, era frecuentado por las más brillantes figuras de la aristocracia limeña y hasta se decía que el mismo virrey La Serna llegó a tener devoción por ella.

No se sabe a ciencia cierta que haya gozado de sus favores, pero ha quedado asociado a su nombre y es la única mujer que ha tenido ese privilegio en la austera vida de nuestro héroe, como si ella fuese una personificación de aquella Lima de las tapadas, que San Martín conquistó sin sangre y abandonó pacíficamente.

San Martín no era un hombre de gobierno, propiamente hablando. No poseía los grandes talentos del administrador ni tenía las largas vistas del político en la curva trascendental.

No estaba preparado para el manejo de los variados negocios públicos, que por otra parte le eran antipáticos cuando no tenían un objeto determinado en que interviniera su pasión o la ejecución de sus planes.

Era indiferente en cuanto a formas de gobierno, que subordinaba en la independencia y al orden sin perder de vista la libertad. Por eso tal vez no tenía la ambición del mando en el gobierno, y con su temperamento de Libertador se adaptaba a la índole de todas las nacionalidades que fundaba, sin imprimirles un sello personal, dejando a su espontaneidad desenvolverse en su medio, sin violentarlas.

Verdad es que su escasa instrucción al servicio de sus raras dotes naturales le bastaba como hombre de guerra y administrador militar. Era un político de instinto, un observador penetrante de los hombres y los hechos, con ideas propias y criterio seguro, que se daba exacta cuenta de las situaciones y trazaba sin confusión sus líneas en el mapa intelectual de su cabeza, cuando sus facultades estimuladas por un fin más o menos inmediato se aplicaban a un objeto determinado o a una situación dada. Tenía genio militar y sabía manejar los ejércitos.

Llamado por primera vez para dirigir un gobierno en un teatro más vasto

REVISTA DEL NOTARIADO
Colegio de Escribanos de la Capital Federal

que el de Cuyo, no se bastaba por sí solo, y de aquí la necesidad de auxiliares que despojan su obra de su original unidad. San Martín protector del Perú no se agranda. Su genio militar no tenía nuevo vuelo y entra en un estado de inercia.

La obra reformadora fue grande y fecunda; pero mero adorno de su corona de Libertador es la obra de sus ministros, con Monteagudo a la cabeza, que concibieron las reformas y las plantearon.

En el primer semestre se concretó la organización administrativa y su constitución política.

Creó un ejército peruano, dio un nuevo "Estatuto provisional» que resumía las facultades y derechos, consagraba las libertades individuales, pero a la vez mantenía el aparato de la nobleza peruana y la nacionalizaba, dándole por base los grandes servicios a la patria. El mismo día que firmaba el Estatuto instituía la "Orden del Sol», repetición de la "Legión del Mérito de Chile" y de la "Legión de Honor de Napoleón"; es la época en que empezó a atribuírsele la ambición de coronarse rey. El pueblo en sus canciones lo llamaba "Emperador". San Martín aunque republicano por convicción no consideraba a los pueblos de América del Sud preparados para la democracia.

San Martín era monarquista de oportunismo, aunque republicano por temperamento y por convicción, como sostiene Mitre.

Empleó en Lima el lenguaje de un general vencedor más que el de un libertador republicano.

A diferencia de Bolívar, que avanzaba proclamando la República, San Martín deseaba restablecer el poder real limitado por su Constitución.

Existían en Lima fuertes corrientes favorables a un gobierno monárquico; completamente distinto al interior.

El lenguaje que explicaba los derechos del hombre muy pocos lo entendían.

La autoridad virreinal estaba desacreditada pero no el régimen monárquico.

Hasta que se declare la independencia en todo el país, se reserva las funciones del poder legislativo y ejecutivo. Sólo se abstiene de funciones judiciales.

Las ideas y el estilo del ministro Monteagudo se transmiten en ese documento (Estatuto Provisorio de 8/10/1821).

Estableció la Orden del Sol, y el privilegio de clases que había repudiado en Santiago.

En Santiago comía en la cocina con su edecán y en Lima se hacía conducir en calesa tirada por tres yuntas de caballos.

Su suntuosidad exterior contribuyó a que se le atribuyeran ambiciones de realeza, contrarias a sus más íntimas convicciones republicanas (Los gastos de palacio eran bien escuetos: servidumbre 66 pesos; pan 83, etc.).

La distribución de premios y tierras efectuada por el ministro Riva Agüero, rebajó sus ideales y contribuyó a crear rivalidades en el ejército. La falta de inspiración republicana detuvo la ascendencia de la carrera

REVISTA DEL NOTARIADO
Colegio de Escribanos de la Capital Federal

política del Libertador.

XIV. GUAYAQUIL

San Martín auxilió a Bolívar y contribuyó a los triunfos de Río Bamba, 21 de abril, y Pichincha, 24 de mayo de 1822.

Como consecuencia de estas victorias se logró la rendición de Quito y la capitulación de Aymerich.

Fue tan importante la cooperación que Sucre, ministro de Guerra de Bolívar, le escribe el 28/2/1822:

"V.E. que tan poderosamente ha ayudado a nuestra empresa, merecerá nuestra eterna gratitud."

La situación de San Martín era ventajosa.

Bolívar el 18/6/1822 pide en gratitud que a las fuerzas que le han auxiliado se las llame "Granaderos de Río Bamba".

San Martín le dice: "presiento que América no olvidará el día que nos abracemos".

Los propósitos de San Martín al buscar la entrevista no son de político ni de libertador; sino de soldado.

Desea terminar la guerra y buscar la colaboración.

El alma austera del peregrino habíase moldeado en la roca desnuda de Los Andes.

Bolívar había anexado Quito y Guayaquil a Colombia; esta última era territorio peruano y el Senado aún no existía.

San Martín quería la terminación de la guerra para decidir la jurisdicción de las provincias.

El tiempo dio la razón a San Martín, puesto que hoy Ecuador es independiente.

Cuando entró en Guayaquil fue ovacionado por el pueblo, lo que despertó los celos de Bolívar.

Bolívar lo llama "primer amigo de mi corazón y de mi patria".

"Todos anhelan conocerle y si es posible tocarle".

San Martín conocía a los hombres y no era sensible a la adulación.

No había venido a plantear conflictos sino a allanarlos y decidió bajar a tierra del "Macedonia".

El 26 de julio de 1822 fue el día memorable.

Recibió la visita del Cabildo y de las corporaciones.

Se quitó la corona de oro, como en Buenos Aires, la de flores, después de Chacabuco, que le pusieran manos femeninas.

Hablaron a solas.

El 27 se repitió la visita.

Si hubo conflicto no consistió en el antagonismo de dos doctrinas sino en la diversidad de dos temperamentos.

De las conferencias resultó la preponderancia de Bolívar y la eliminación de San Martín.

Desde el 26 había resuelto su retiro porque el 27 a la mañana dispuso

REVISTA DEL NOTARIADO
Colegio de Escribanos de la Capital Federal

que su equipaje fuera llevado a bordo.

Bolívar iba a quedar solo en el escenario de América para concluir la guerra sin la presencia del hombre que trató como a un rival y no como a un hermano de sacrificios y de glorias como lo decía en la carta del 25.

En el banquete de despedida brindó "Por los dos hombres más grandes de América, San Martín y yo».

San Martín en cambio lo hizo:

"Por la pronta conclusión de la guerra, por la organización de la diferentes Repúblicas del Continente y por la salud del libertador de Colombia."

En Guayaquil se descubre la soberbia de Bolívar y el desinterés de San Martín.

El baile de despedida antes de media noche tenía los caracteres de una bacanal, entrevero de entorchados y escotes, y San Martín dijo a Guido:

"No puedo soportar este bullicio: vámonos."

Al despedirlo, le obsequió un retrato - gesto ególatra - , que San Martín retribuyó desde Lima, enviándole sus pistolas y su caballo.

No se volverían a ver más.

En la epístola del 28/8/1822 se lee:

"Le escribiré no sólo con la franqueza de mi carácter, sino también con la que exigen los altos intereses de América."

"En fin, General, mi partido está irrevocablemente tomado."

"Para el 20 he convocado el 1er. Congreso del Perú y al día siguiente de su instalación me embarcaré para Chile, convencido que mi presencia es el solo obstáculo que le impide a usted venir al Perú con el ejército a su mando».

Se retiró para evitar un conflicto; es leyenda lo que se ha dicho sobre un desacuerdo en formas institucionales.

La cuestión se redujo al plan de cooperación militar para terminar la guerra; Bolívar se opuso, rechazando la oferta de San Martín de colocarse bajo sus órdenes.

Los enemigos le atribuyen veleidades monarquistas.

Se ha dicho que en el Perú pretendió coronarse emperador y esto se lo imputan los mismos que lo acusan de haber gestionado la coronación de un príncipe europeo.

¿Cómo conciliar ambas intenciones?

La sugestión monárquica que hiciera al virrey La Serna en la conferencia a Punchauca, como él mismo lo afirmara después, fue una simple artimaña para terminar la guerra.

En el Perú tuvo el mismo gesto que en Chile y en el Plata: cuando renunció al Protectorado, convocó al Congreso Peruano; lo mismo que hizo en Chile cuando se constituyó repúblicamente y en el Plata, cuando promovió la Asamblea de 1813 y la proclamación de la Independencia por el Congreso de 1816.

También se le atribuyeron, después, a Bolívar, veleidades monárquicas.

Lo cierto es que siempre tuvo desapego por su predominio personal.

Si existe algún documento en el que haya propuesto una dinastía, fue

REVISTA DEL NOTARIADO
Colegio de Escribanos de la Capital Federal

simple estrategia militar o diplomática.

En cambio abundan documentos y oficios suyos que prueban su respeto por las instituciones libres.

Hay más; el propio Bolívar en carta a Santander le dice: "San Martín no quiere ser Rey".

Al regresar al Perú con el propósito de salvar el prestigio de quien había de sucederle, en la proclama dando cuenta de la entrevista, dice:

"Tuve la satisfacción de abrazar al héroe de Sud América. El libertador de Colombia auxilia al Perú con 3 de sus batallones."

"Tributemos todos un reconocimiento eterno al inmortal Bolívar."

El auxilio era en retribución de los que San Martín le prestara en la guerra de Quito.

El auxilio era condicionado y fue retardado; en cambio, San Martín había sido generoso en Río Bamba y Pichincha.

La grandeza de San Martín excede las medidas usuales del heroísmo militar.

El motivo del desacuerdo no fue la campaña de Guayaquil ni el plan constitucional, sino tan sólo la cooperación militar de ambos.

Al rechazar Bolívar la unión del ejército del Norte con el del Sud, para la pronta terminación de la guerra, ni aun bajo su comando, sólo quedaban 3 caminos: la ineficaz acción aislada, el conflicto entre ambos jefes o la eliminación del más abnegado.

Y esto último es lo que eligió San Martín.

No buscaba el mando cesáreo ni la gloria personal.

Él vino para servir a la independencia de América y esa fue su misión.

No quiso ser el conquistador, ni el legislador, ni el sátrapa de las antiguas leyendas o epopeyas de Alejandro, Filipo, Darío, Jerges, Solón, César o Pompeyo, ni Carlomagno ni Napoleón.

Es el intérprete de un mundo nuevo, un genio nuevo, una creación nueva.

La actitud de Guayaquil inicia la tercera jornada, la del renunciamiento.

Es el período de 1822/50 cuando opina:

"Estoy y estaré retirado del mundo.»

XV. LAS TRES RUPTURAS - EL RENUNCIAMIENTO

En él se conjugan 3 rupturas que señalan su destino: 1811: España, con su familia, con su pasado racial; 1820: con Buenos Aires, con su gobierno y la anarquía política; 1822: con la América Dionisiaca y el naciente cesarismo demagógico.

En la primera corta el cordón umbilical; es mejor dejar de guerrear en España contra Napoleón, porque es mejor hacerlo en el Plata contra Fernando.

En la segunda no quiere guerrear con los incipientes caudillos argentinos, porque es necesario guerrear con los realistas de Lima, para que se salven todas las Patrias de la hermandad americana.

En la tercera, por encima de vanidosos antagonismos, supera la ambición con el renunciamiento, corta los sucios lazos del prejuicio

REVISTA DEL NOTARIADO
Colegio de Escribanos de la Capital Federal

común y contagioso que sufren todos los que alcanzan el poder, y prefiere dar el ejemplo de vencerse a sí mismo.

Después de haber creado en Pisco la bandera peruana y proclamado en Lima la Independencia del Perú, al volver de Guayaquil, como lo había prometido, dejó constituido el 20/9/1822, por convocatoria suya, la representación democrática del país.

Al despojarse, en la sesión inaugural, de la banda roja y blanca que cruzaba su pecho como símbolo del poder supremo, bajo el título de "Protector del Perú" - que no es lo mismo que Dictador o Libertador - , expresa:

"Al deponer la insignia que caracteriza al Jefe Supremo del Perú, no hago sino cumplir con mis deberes y con los votos de mi corazón. Si algo tienen que agradecerme los peruanos es el ejercicio del poder que el imperio de las circunstancias me hizo obtener. Hoy que felizmente lo dimito, pido al Ser Supremo el acierto, luces y tino que se necesitan para hacer la felicidad de sus representantes. Desde este momento quede instalado el Congreso Soberano, y el pueblo reasume el poder en todas sus partes."

En Chile en 1817 ya había renunciado al Poder Supremo que la Asamblea por él reunida quiso investirlo, reservándose sólo la jefatura militar para proseguir su empresa libertadora en el Pacífico, mientras esa nación con O'Higgins en el Directorio, iniciaba su organización republicana.

Cinco años después, en el Perú, proclamaba la soberanía del Pueblo.

5 años después, en el Perú, proclamaba la soberanía del Pueblo.

Tales fueron los principios liberales y la conducta civil durante los 10 años en que ejerció su predominio en América.

Conmovido por ese gesto, el Congreso lo proclamó "Primer soldado de la libertad de América", y votó una acción de gracias por sus servicios con una pensión de \$ 12.000 anuales y nombrolo "Generalísimo de los Ejércitos de mar y tierra del Perú".

Todo eso lo renunció.

Repetía el gesto de 1812, cuando sin fortuna personal renuncia a la mitad del sueldo de coronel de Granaderos; el de Cuyo; el de Chile, cuando donó el premio para la fundación de la Biblioteca Nacional; el de 1815, al no aceptar el ascenso a brigadier de su Patria; el mismo que cuando declinó cargos políticos en Argentina y Chile; el mismo que todo lo sacrificó, sin excluir su salud, tranquilidad y hogar, para organizar las fuerzas que libertaron a América.

Con las fuerzas de que disponía después de Guayaquil podía tentar cualquier empresa y no se dejó tentar ni siquiera por el amor propio ofendido.

Nunca se mostró más generoso ni más fuerte en su serenidad.

No era una renuncia; era una lección.

El manifiesto de despedida a los peruanos en su retiro de Campo de La Magdalena es por demás elocuente:

"...existe en mi poder el estandarte que trajo Pizarro para esclavizar el

REVISTA DEL NOTARIADO
Colegio de Escribanos de la Capital Federal

Imperio de los Incas y he dejado de ser hombre público; he aquí recompensados con usura 10 años de revolución y de guerra..."

Mis promesas están cumplidas: "Hacer la independencia y dejar en su voluntad la elección de sus gobiernos".

"La presencia de un militar afortunado, por más desprendimiento que tenga, es temible a los Estados que de nuevo se constituyen."

Pizarro había iniciado con aquella insignia el ciclo de la colonia; al llevársela San Martín quedaba cerrado o se abría uno nuevo.

Ese era el significado del Trofeo, y el Protector lo sabía.

La Magdalena era su residencia de campo, que denominó "Pueblo de los Libres"; había pertenecido a los virreyes y fue ocupada por Bolívar cuando la dejó.

Guido trató de disuadirlo, pero entre sus respuestas tajantes, cobra dimensión: "Bolívar y yo no cabemos en el Perú".

"He penetrado sus miras; he comprendido su disgusto por la gloria que pudiera caberme en la terminación de la campaña. Que entre al Perú, y si asegura lo que hemos ganado, me daré por muy satisfecho, porque de cualquier modo triunfará la América."

En aquel momento nadie había podido comprender la grandeza de tales palabras. San Martín sí y nosotros también, ahora.

Cuando dejó Buenos Aires, sabía a dónde iba; al dejar Perú, no sabía a dónde se encaminaba.

Era la hora de las tristes etapas, la del regreso.

Salía de América para entrar en la historia de la humanidad.

En el portal de "Pueblo de los Libres" se despidió de Guido con un silencioso y fuerte abrazo, montó a caballo, seguido de su paje y un asistente, era el 20/9/1892.

Esa misma noche se embarcó en el bergantín "Belgrano", nombre que le recordaba al amigo ya muerto en la indigencia y la soledad.

En Chile había tenido 3 encuentros: Chacabuco en febrero de 1817, la victoria largamente preparada; Cancha Rayada, una sorpresa en la noche, un año después de su entrada triunfal; Maipú, el 5 de abril de 1818, es la revancha y victoria definitiva; una improvisación genial, nacida de un raptó de coraje.

Su consecuencia sobre la emancipación continental convierten a Maipú en la mayor hazaña de San Martín como guerrero.

Pichincha, Río Bamba, Junín y Ayacucho fueron consecuencias de aquel combate, al que asistieron los granaderos argentinos, sus discípulos predilectos.

En los peligros conservó la serenidad, quiso evitar derramamientos inútiles de sangre, como cuando le propone al jefe español Sánchez, contra quien combatía Freyre, que fije las condiciones para cesar la lucha, recibiendo por respuesta un altanero rechazo, motivando la derrota sangrienta que le infligió después.

Iguals sugerencias hizo al virrey Pezuela en 1817, y al virrey La Serna en 1821.

El peleaba sólo por caridad y por deber.

REVISTA DEL NOTARIADO
Colegio de Escribanos de la Capital Federal

Al desembarcar en Pisco dijo a sus legiones:

"Acordaos que vuestro gran deber es consolar a la América y que no venís a hacer conquistas sino a liberar pueblos."

Y en el manifiesto a los pueblos del Perú:

"Ningún beneficio podemos esperar de un Código (la Constitución Española) formado a 2.000 leguas de distancia, sin la intervención de nuestros representantes. El último Virrey español hace esfuerzos por prolongar su decrepita autoridad". "El tiempo de la opresión y de la fuerza ha pasado. Yo vengo a poner término a esa época de dolor y de humillación".

La rendición del Callao sin batalla y la toma de Lima sin derramamiento de sangre, son las nuevas formas victoriosas del genio en su plenitud, y Guayaquil es la postrera victoria de su alma excelsa.

Cuando ordenó al capitán de la nave que hiciese a la vela hacia Valparaíso, no llevaba fuera de su modesta ropa negra, más que 120 onzas de oro para el viático, a pesar de que sus enemigos muchas veces lo tildaron de ladrón.

Sólo había sacado del Perú el Estandarte de Pizarro y el Tintero de la Inquisición, obsequios generosos que conservó en su poder.

Eso era suficiente presea para su genio; el emblema de las dos iniquidades que vino a abolir.

Cuando dejó el Perú fue vilipendiado y calumniado al igual que su ministro Monteagudo, pero nada le mortificó más como la especie de que había querido fundar monarquías en América.

De todo ello protestó entonces, y más tarde con enojo, desde Europa, escribió:

"Sé el empeño que se ha puesto en hacer creer que el General San Martín no ha tenido otro objeto en su viaje a Europa que el de establecer una monarquía en América; los miserables que hacen circular tan indignas imposturas no conocen que los sentimientos que francamente (porque soy libre) he expresado sobre este particular, no tienen nada que ver con los que respetan a la opinión de la masa en general, y sacrificaría mil veces mi existencia para sostener la República."

Todo su sacrificio parecía no valer nada en aquellos días del regreso, cuando fue motejado de inepto y cobarde.

XVI. LA MUERTE DE SU MUJER Y EL REGRESO

Al volver de Lima no quiso residir en Chile ni en Mendoza sino por corto tiempo, porque buscaba encontrar la paz, y un hada adverso pesaba contra él en su patria y en su casa.

La vida conyugal ha sido tema de leyendas calumniosas que nacieron en los días del odio contemporáneo y se han mantenido hasta hoy.

Se ha dicho que se separó de ella en Mendoza porque sospechaba de su fidelidad y que cuando volvió de Lima no quiso pasar a Buenos Aires, para ver a doña Remedios agonizante, porque se lo impidió el presunto

REVISTA DEL NOTARIADO
Colegio de Escribanos de la Capital Federal

agravio.

Todo esto no es sino una fábula maligna, de las muchas con que los enemigos de San Martín amargaron su existencia.

A los 4 meses de casado en febrero de 1813 dejó a su mujer para la comisión que terminó en San Lorenzo.

Luego pasó a Tucumán, de donde regresó enfermo a Córdoba; de allí pasó a Mendoza hasta 1814.

El destino de su hazaña importó el sacrificio de su vida doméstica.

San Martín encontró siempre todo el apoyo que le brindó Pueyrredón a sus requerimientos.

No ocurrió lo mismo con su ministro, el jurisconsulto Gregorio Tagle, y cuando recibió la orden de repasar la Cordillera, llevar el Ejército de los Andes a Tucumán y luego, separado del mando, tomó esa orden como una venganza personal de aquél, le escribe el 24 de abril de 1819 a Guido (reservada y para usted solo):

"Dije a usted en mi anterior que mi espíritu había padecido lo que usted no puede calcular: algún día lo pondré al alcance de ciertas cosas; y estoy seguro dirá usted que nací para ser un verdadero cornudo (sic); pero mi existencia la sacrificaría antes que echar una mancha sobre mi vida pública que se pudiera interpretar por ambición."

Esa expresión ha sido interpretada maliciosamente por algunos.

Quienes lo difamaban como hombre público, lo zaherían también en su vida privada.

Manuel de Olazábal expresa: "desde 1817 a 1823 nadie puede decir haberle conocido dar preferencia a ninguna mujer, no obstante que lo rodeaban tantas deidades de su alta sociedad".

"En 1818 había en Chile una dama que llamaba la atención por su belleza y donaire - era tentadora - : nadie supo decir que tenía relaciones privadas con ella."

Remedios falleció víctima de una tisis el 12 de agosto de 1823, sin que pudiera estar junto a ella.

No la veía desde hacía 4 años.

Así terminó aquella abnegada mujer, lejos de su marido, como había empezado su vida conyugal.

El concepto que ella siempre le mereció está revelado, en el primer testamento que había otorgado en Mendoza, el 23 de octubre de 1818, ante el escribano Público y de Cabildo, don Cristóbal Barcala y Sánchez.

A semejanza de Urquiza, cuando en la ciudad de Nuestra Señora del Rosario del Paraná, capital de la Confederación Argentina, ante el notario Pedro Calderón, con fecha 31 de agosto de 1859, manifestó que "estando para salir en Campaña en defensa de la República (en vísperas de Cepeda) da y confiere todo su poder al señor General don José Miguel Galán para que en su nombre y representación obtenga la legitimación en toda la extensión de derechos del mencionado decreto del Soberano Congreso (de 19 de setiembre de 1859) para que sus hijos naturales que menciona (12 en total y ninguno más) concurren con los legítimos que tiene y pueda tener a la herencia (cuando fallezca)".

REVISTA DEL NOTARIADO
Colegio de Escribanos de la Capital Federal

San Martín dijo: Que estando de próxima partida para la Capital de Santiago de Chile y deseando hacer una declaración con fuerza de última voluntad... por el caso que su Excelencia fallezca, a que estamos expuestos por nuestra naturaleza, dispone y es su voluntad dar y conferir en primer lugar a su esposa, Doña Remedios Escalada de San Martín un poder amplio y tan bastante como se requiera y sea necesario para que reciba y se haga cargo de todos los bienes que tiene y posee. . . nombrando, como nombra, a la expresada señora su esposa, de su albacea testamentario, tutora y curadora de su dicha hija (Mercedes de San Martín y Escalada).

Ese testamento desmiente rotundamente - por su fecha y circunstancias - los calumniosos comentarios circulados acerca del estado de ánimo con que San Martín se separó de su esposa en el momento de ir a radicarse en Chile.

Exteriorizan, las mandas que contiene, el amor y respeto por su corta y legítima familia y lo vuelca también a sus hermanos políticos que militaron junto a él en la gran epopeya.

Producido el deceso de aquélla, durante su breve estada en Buenos Aires mandó construir un sepulcro en la Recoleta para los restos de doña Remedios y colocó sobre la tumba frente a la imagen del Señor, que los concurrentes veneran, esta inscripción:

"Aquí yace Remedios Escalada, esposa y amiga del General San Martín.»

Es el postrer homenaje a la mujer que sacrificó su juventud ligando su nombre al paladín que alucinado por otro amor, el amor de América, vivió tan pocas horas a su lado.

Vedadas para él las tierras de Chile, del Perú y del Plata, las naciones que libertó, no le quedaba otro camino que Europa.

El 10 de febrero de 1824 deja al coronel Federico Brandsen esta esquela:

"Dentro de una hora parto para Europa con el objeto de acompañar a mi hija para ponerla en un Colegio de aquel país, y regresaré a nuestra patria en todo el presente año, o antes, si los acontecimientos de Europa disponen de nuestra suerte".

Al separar a la hija de la abuela y llevársela a vivir a Europa, entre las máximas que le escribe en 1825, figura:

"5ª) Respeto sobre la propiedad ajena."

Al arribar a Francia, el Ministerio y la policía pusieron trabas al desembarco del soldado enemigo de reyes y libertador de pueblos.

Pasó entonces unos meses en Inglaterra, y concluyó fijando su residencia en Bélgica.

XVII. EL RETORNO A LA PATRIA EN 1829

San Martín temía a los hombres de Buenos Aires.

"Conozco su carrera de revoluciones y picardías, me buscan para servir

REVISTA DEL NOTARIADO
Colegio de Escribanos de la Capital Federal

de pantalla a sus ambiciones; creen, con imprudencia, sacar más de mí que del actual gobierno".

Individuos de los dos bandos en lucha lo llamaban para salvar al país.

Las reflexiones a Tomás Guido son lapidarias:

"Para defender la causa de la independencia no se necesita otra cosa que un cierto orgullo nacional (que lo tienen hasta los más estúpidos salvajes), pero para defender la libertad y sus derechos se necesitan ciudadanos, no de café sino de instrucción, de elevación de alma y por consiguiente capaces de sentir el intrínseco y no arbitrario valor de los bienes que proporciona un gobierno representativo."

"Cinco años ha estado a mi lado; usted más que nadie debe haber conocido mi odio a todo lo que es lujo y distinciones, en fin a todo lo que es aristocracia, por inclinación y principios, amo el gobierno republicano y nadie lo es más que yo."

"Este género de gobierno no es realizable en América sino pasando por el alambique, de una espantosa anarquía, y esto sería lo de menos si se consiguiese los resultados, pero la experiencia de los siglos nos ha demostrado que sus consecuencias son la tiranía de un déspota."

Al comenzar la guerra con el Brasil deseó ofrecer su colaboración, pero se abstuvo por aversión personal a Rivadavia, si bien le respetaba.

En carta a Tomás Guido, del 31/7/1823, le decía:

"Usted sabe que Rivadavia no es amigo mío. A pesar de esto, sólo los pícaros consumados no serán capaces de estar satisfechos de su administración, la mejor que se ha conocido en América."

Caído éste y elegido Vicente López el 7/12/1827, ofreció sus servicios desde Bruselas.

López no contestó, pero San Martín se embarcó. Entonces, contrariando aquella opinión, le escribe a O'Higgins que "la administración de Rivadavia ha sido desastrosa y ha contribuido a dividir los ánimos, él me ha hecho una guerra de zapa, sin otro objeto que minar mi opinión, suponiendo que mi viaje a Europa no ha tenido otro objeto que el de establecer gobiernos en América; yo he despreciado tanto sus groseras imposturas como su innoble persona".

Con tales presentimientos y esperanzas decidió su viaje a Buenos Aires, y se embarcó con el nombre de "José Matorras".

La travesía en el Chichester demoró 75 días y sufrió una tempestad en el Río de la Plata.

Cuando arribó, la guerra había concluido, se encontró en las puertas de Buenos Aires este cartel:

"Ambigüedades.

"El General San Martín ha vuelto a su país a los 5 años de ausencia; pero después de haber sabido que se han hecho las paces con el emperador del Brasil."

San Martín sabía de dónde partían las mezquindades y ni siquiera quiso desembarcar.

Después de una patética entrevista con Olazábal y Alvarez Condarco, que fueron a saludarle a bordo, el 13 de febrero la Gaceta Mercantil

REVISTA DEL NOTARIADO
Colegio de Escribanos de la Capital Federal

publicó la noticia de haber zarpado el bergantín de guerra nacional General Rondeau para Montevideo. ¡Abráceme usted, hijo! fue la despedida entre llantos.

Así se alejó por última vez de Buenos Aires, cuando encontró inhospitalarias para él las playas de su patria.

Martí recuerda que cuando Bolívar, injuriado y enfermo, se alejó de Caracas por última vez, en el viaje a la costa dijo al criado José que lo acompañaba: "Vamos José, que de aquí nos echan".

San Martín pudo decir a José Matorras lo mismo.

De febrero a abril fue solícitamente atendido en Montevideo.

En 1819 había dirigido, desde Mendoza, a los caudillos Ramírez y López mensajes para que se unieran para terminar con los enemigos exteriores, y a Artigas le decía:

"Cada gota de sangre americana que se vierte por vuestros disgustos, me llega al corazón", "mi sable jamás se sacará de la vaina por opiniones políticas".

Rivadavia se había embarcado el 1º de marzo para Francia; Lavalle permanecía con su columna en Flores, y Rosas y López con sus fuerzas en Luján.

Un amigo le escribe: "si el genio de la razón no se interpone, probablemente habrá batalla muy pronto"; "así se está desolando nuestra desgraciada patria".

Tales eran las dramáticas circunstancias de la Argentina, cuando ante aquella anarquía San Martín se vio obligado a abandonarla por segunda vez.

En 1829 vio cómo sus presagios de 1816 y 1890 empezaban a cumplirse. Rosas el tirano, aparecía ya en el horizonte de la pampa ensangrentada, tal como él lo había previsto en los primeros años de la emancipación.

Era el sino fatal de nuestro Continente, pues la misma tragedia ensangrentaba las naciones de Bolívar, y éste ya era una víctima de ella.

Bolívar había asumido la dictadura; San Martín no quiso aceptarla.

Decía entonces: "Es necesario que uno de los dos partidos desaparezca", y a eso iban las provincias argentinas.

Lo que antes había sido un sueño profético, era ya experiencia real.

Su evidencia volvió a señalar el mal y a predecir el porvenir, como si hubiera vuelto para dar nueva lección a los ofuscados compatriotas.

"Si sentimientos menos nobles que los que poseo en favor de nuestro suelo, fuesen el norte que me dirigiese, yo aprovecharía esta coyuntura para engañar a ese heroico pero desgraciado pueblo, como lo han hecho unos cuantos demagogos que con sus locas teorías lo han precipitado en los males que lo afligen, dándole el pernicioso ejemplo de perseguir a los hombres de bien, sin reparar en medios".

He aquí las cosas que dice cuando no ha aceptado la dictadura y cuando comprende que otro argentino - Juan Manuel de Rosas - tendrá la suma del poder público.

Su actitud no influyó en los acontecimientos sociales, pero es

REVISTA DEL NOTARIADO
Colegio de Escribanos de la Capital Federal

significativa como revelación de su personalidad.
Extraordinaria fue su penetración de las cosas y de los hombres.
Amén de su profecía, en 1829 pasa a través de su espíritu la esperanza patriótica que después de la tiranía el sueño de Mayo comenzará a realizarse.

XVIII. GRAND BOURG

Vivió 2 años más en Bruselas y en 1831 se trasladó a Francia, con su hermano Justo Rufino y su hija Mercedes, que se casó con Mariano Balcarce el 13/12/1832.

Desde allí vería con dolor patriótico cómo se cumplían sus profecías.

Vivía agobiado por sus males cuando se produce el encuentro con Alejandro Aguado, su amigo de la juventud que había llegado a ser poderoso banquero de Francia.

Fue el venturoso azar que se presentó a la vida del expatriado.

¿Con que tú eres el banquero Aguado?, dice a su compañero de francachelas y del regimiento de Murcia, que lo recibe lujosamente en su Hotel de la Place Vendome.

Hombre, contestó éste: "cuando no se puede llegar a ser el libertador de medio mundo, me parece que se le puede perdonar el ser banquero".

¡Quién lo habría dicho en los tiempos de Madrid. Extrañas vueltas del mundo!

Aguado fue su providencia, le financió la compra de la casa de Grand Bourg, que habitó de 1834 a 1848.

Allí recibe la visita de los hijos de los que fueron sus compañeros de armas: Daniel Guido Spano, Florencio Balcarce, Francisco y Antonio Tocornal, un hijo del general Prieto, otro del general Pinto, convertidos en hombres y que tuvo sentados en sus rodillas en lejanos tiempos.

Está convertido en el patriarca de América, que bendice a las nuevas generaciones.

Mercedes se pasa la vida lidiando con las chiquitas, escribe Florencio a su hermano, que reside en Buenos Aires.

Pepa, aunque no habla, entiende francés y español, y Merceditas nunca está quieta.

Entra llorando, cierta vez, al gabinete del abuelo, y este para distraerla le da una medalla, atada a una cinta color gualda (es la condecoración de Bailén); la criatura se va contenta con el juguete. La madre recoge y guarda la medalla, que está hoy en el Museo Nacional de Buenos Aires, pero San Martín jamás preguntó por ella.

Así la desdeñaba quien supo merecerla.

¡Cómo sonreiría aquel héroe auténtico, dice el autor del Santo de la Espada (págs. 415/16), de los que en su América se adornan ahora con medallas ganadas en las legaciones!

Un día de 1843, el joven Juan Bautista Alberdi, en casa de Manuel José de Guerrico, vio en París a San Martín por vez primera.

REVISTA DEL NOTARIADO
Colegio de Escribanos de la Capital Federal

Entró San Martín con el sombrero en la mano, la corbata alta, vestido de levita negra y chaleco de seda. Alberdi quedó sorprendido, por su aire modesto, su traje civil, su palabra sin afectación; cuán distinto de la estampa convencional del guerrero.

Me lo habían pintado y yo lo creía: "un indio, y no es más que un hombre de color moreno de los temperamentos biliosos"

"Le hallé vivo y fácil en sus ademanes".

"Me llamó la atención su voz gruesa y varonil".

"El general San Martín padece cuando está en inacción y se cura con ponerse en movimiento".

Alberdi lo observó con minuciosidad: "Su bonita y bien proporcionada cabeza conserva todos sus cabellos, blancos hoy casi todos, la nariz aguileña, la boca pequeña, la sonrisa graciosa, la barba aguda y también «los zapatos grandes»".

No usaba patillas ni bigotes, a pesar de que entonces era moda usarlos entre los ancianos, como lo hizo después cuando hubo encanecido su bigote.

De aquel encuentro casual quedó concertada una visita a Grand Bourg.

La conversación giró sobre las campañas, y lo que más llamó la atención de Alberdi fue la austeridad de San Martín, la modestia con que habló de sí mismo.

Mientras los secundones se envanecen hasta de lo que no han hecho, parecía empeñado en hacerse perdonar la gloria.

Le mostró el paño secular de Pizarro, ya desteñido, y Alberdi meditó al salir:

"San Martín es el vencedor de Pizarro".

En 1844 le visitó Florencio Varela, director del Diario del Plata, que de Montevideo se había trasladado a París para mover la opinión francesa en favor de la causa unitaria.

En su "diario de viaje" relata que a los postres, Balcarce propuso un brindis, que San Martín aceptó, dirigiéndole palabras amables.

Varela agradeciendo contestó:

"Moriré más contento después de haber conocido al hombre a quien más triunfos debe nuestra patria".

San Martín, emocionado, rompió a llorar y exclamó:

¡Bárbaros! ¡No saciarse en tantos años de perseguir a los hombres de bien!

¿Referíase a sí mismo? ¿Referíase a Varela, que poco después fue asesinado en Montevideo? ¿Referíase a Rosas y a todos los ofuscados de la guerra civil?

Poco tiempo después, el 18/10/1845, recibía una carta de Las Heras, que comenzaba así:

"Debe poner la presente en manos de usted, el señor don Domingo Faustino Sarmiento...".

Concluida de leer la misiva que contenía amistosos recuerdos personales, fijó sus magnéticos ojos negros en el compatriota que tenía delante, el que a su vez lo miraba escrutándolo, deseando iniciar la

REVISTA DEL NOTARIADO
Colegio de Escribanos de la Capital Federal

conversación.

Hablaron de Las Heras, O'Higgins, de Rosas y de la Argentina tiranizada; de Montt y de los progresos chilenos, de la emancipación y de la educación americanas.

El padre de Sarmiento, Clemente, cuando el hijo tenía 6 años, llevó la noticia de Chacabuco a San Juan; el recuerdo de Cuyo despertó la simpatía del dueño de casa.

Le expuso la doctrina de "Civilización y Barbarie" y el motivo de la visita, que era conocer algunos sucesos de la historia americana.

Sarmiento, acometedor y genial, le hizo sentirse cohibido.

Mis papeles están en orden, fue la única respuesta. No le gustaba hablar del pasado, pero un retrato de Bolívar, que tenía en la habitación, fue pretexto para hacerle explicar la entrevista de Guayaquil.

Sarmiento se jactaba de tener un don especial para sacar a otro "del buche" lo que sabe, y con San Martín lo probó.

Lo cierto es que pocos días después, el autor de Facundo pronunciaba en el Instituto Histórico de Francia una conferencia sobre la entrevista de Guayaquil; y tanto hizo que se lo llevó para escucharla.

Sarmiento sucedió a San Martín en otra epopeya de liberación.

Los argentinos que le visitaron en Grand Bourg, en su mayoría eran enemigos de Rosas y de su sistema.

Alberdi, Varela, Sarmiento, le hablaron mal del tirano.

San Martín también censuraba la tiranía de Rosas y sus crueldades, como lo prueban muchas de sus cartas y la profecía que hemos relatado.

Sin embargo, la política internacional de la Confederación lo acercó al Gobernador de Buenos Aires, por motivos que muestran el temple del alma sanmartiniana en la ancianidad.

San Martín no podía mirar a Rosas con la misma pasión de los jóvenes combatientes, ni por su edad ni por su alejamiento, ni porque hubiera recibido agravios del tirano, sino porque él había previsto aquel aborto de la revolución como algo fatal de la incultura de nuestros pueblos.

Ya lo había pronosticado en 1816, 1820 y 1829.

Si todos los hombres de espada hubieran seguido su ejemplo, otra habría sido la suerte de nuestros pueblos.

No se siguió su ejemplo ni se escucharon sus profecías y enseñanzas, como si un hado fatal arrastrara estos pueblos a la tragedia.

Desde su retiro había estado comentando en sus cartas la marcha al abismo y presintiendo el advenimiento de Rosas en la pampa.

A su regreso en 1829, escribía en 1833:

"En mi pobre opinión, lo que prolonga esta serie de revoluciones es la falta de garantías que tienen los nuevos gobiernos, es decir, que éstos dependen de 3 ó 4 jefes militares, a los que con degradación tienen que adular, o de la masa del bajo pueblo de la capital, veleidosa, fácil de dirigir al antojo de 4 demagogos como Tagle y unos cuantos pillos".

Posteriormente el bloqueo francés de 1838 en el Plata, repetido en 1846, juntamente con Inglaterra, motivaron una correspondencia ceremoniosa y

REVISTA DEL NOTARIADO
Colegio de Escribanos de la Capital Federal

cordial con el Gobernador de Buenos Aires.

Los gestos amables de Rosas en favor de San Martín conmovieron el corazón del anciano y allí debe buscarse el motivo sentimental del legado del sable, dispuesto en el testamento.

Le había escrito: "La gratitud de la Confederación Argentina y de la América, nunca puede olvidar a usted; lo seguirá en su retiro y siempre honrará su memoria .

El 11/1/1839 lo había nombrado Ministro Plenipotenciario cerca del Gobierno del Perú.

Sin embargo no aceptó ese nombramiento; en nota fechada en Grand Bourg, a 7 leguas de París, el 30 de octubre de 1839, en la que después de enumerar las ventajas que le proporcionaría la aceptación, contiene estos admirables y aleccionadores conceptos:

"...faltaría a mi deber si no manifestase igualmente que, enrolado en la carrera militar desde la edad de 12 años, ni mi educación ni instrucción las creo propias para desempeñar con acierto en un cargo de cuyo buen éxito puede depender la paz de nuestro suelo. Si una buena voluntad, un vivo deseo del acierto y una lealtad la más pura fuesen sólo necesarias para el desempeño de tan honrosa misión he aquí todo lo que yo podría ofrecer para servir a la República pero S.E. el señor Gobernador conocerá, como yo, que estos buenos deseos no son suficientes".

El gobernador Balcarce, cuando su sobrino Mariano, casado con la hija de San Martín, vino a vivir a Buenos Aires, lo nombró oficial del Ministerio de Relaciones Exteriores, pero al caer aquél del Gobierno, Mariano perdió el empleo, lo que agravó profundamente a su suegro. Rosas, en 1848, reparó el agravio, nombrando a Mariano en la delegación Argentina en Francia.

San Martín agradeció esta reparación.

En 1849, el Restaurador le rindió un homenaje oficial en su Mensaje a la Legislatura, señalando los méritos que lo hacían acreedor a la gratitud nacional.

Ya estaba ciego y se hizo leer dos veces el pasaje alusivo y agradeció el recuerdo.

Uno estaba en la víspera de su caída y el otro en la de su muerte.

Así transcurrierán los 14 años en Grand Bourg, de aquel que dijo: "Estoy y estaré retirado del mundo".

A pesar del largo tiempo vivido en ese lugar, nunca se amortiguó la nostalgia de América; de repente una visita o una carta despertaban el deseo de volver para morir en ella.

Cuando la revolución de 1848, se trasladó a Boulogne Sur Mer.

Al año siguiente escribe al Presidente Castilla del Perú: "la situación angustiosa que los hombres que detentan el poder han creado en Francia, especialmente en París, donde todos los habitantes que tienen algo que perder desean ardientemente que el actual estado de sitio continúe, prefiriendo el gobierno del sable militar a caer en poder de los partidos socialistas".

Sería advertencia, que se repite hoy aquí.

REVISTA DEL NOTARIADO
Colegio de Escribanos de la Capital Federal

XIX. LAS INFAMIAS Y LA GRATITUD REIVINDICATORIA

Fue víctima, como tantos otros héroes, de denuestos e infamias de todo orden, que sus enemigos los Carrera, Lord Cochrane, Riva Agüero, divulgaron y algunos historiadores han repetido como verdades absolutas.

Frente a ellos, la Junta Ejecutiva de la Oficina Internacional de las Repúblicas Americanas dispuso, a moción de Mr. Root, ministro de Relaciones Exteriores de los Estados Unidos, se pusiese en el Boureau des Nations el busto de San Martín al lado del de Washington, porque el pueblo de estos países ha comprendido que el Sudamericano es el único digno de ser comparado con Washington, como ejemplo de patriotismo, sólo movido por el bien de su patria.

Esta es la Sentencia de América, la que él esperó de la posteridad, durante largos y penosos años de su vejez, pasados en la filosófica serenidad de su destierro.

Bolívar no fundó un Imperio, pero creó la Presidencia vitalicia en las Constituciones que redactó, y ejerció la dictadura.

Nada de esto hizo San Martín, que renunció al mando y entregó al sufragio de los pueblos que libertara la decisión de sus propios destinos.

Una carta de Bolívar a Santander sobre la entrevista famosa, dice de San Martín: "No quiere ser Rey".

La entrevista de Punchauca fue una estratagema diplomática, y así lo prueba García del Río en carta a San Martín del 21/3/1822, al referir la impostura del comisionado de Fernando VII, Abreu, que: "nosotros íbamos a España en busca de un Borboncito".

A San Martín le interesaban 3 puntos: a) Reunión de Guayaquil al Perú; b) Reemplazo de los soldados de la división; c) Medio de lograr la conclusión de la guerra.

Como se ve, nada de monarquía o república.

El primer punto ya estaba resuelto y sólo quedaba el 3°.

Así lo confiesan Stevenson, Miller y Baralt, en sus obras.

Bolívar al negar su cooperación cometió el más grande de sus errores, con daño para América, y San Martín al retirarse cometió en silencio el acto más heroico de su vida.

"Si algún servicio tiene que agradecerme la América, es el de mi retirada de Lima", le dice San Martín a Castilla un año antes de su muerte.

En 1821, el 8 de octubre le cantó un yaraví, en celebración del Protector, que prohibió volver a hacerlo porque sus enemigos quisieron ver en ello una intención monarquista.

Su obra histórica: la emancipación de América era un hecho irrevocable, como lo afirmara 28 años atrás al retirarse del Perú.

XX. EL TESTAMENTO DE PARÍS

REVISTA DEL NOTARIADO
Colegio de Escribanos de la Capital Federal

Escribió de su mano el testamento que aparece fechado en París el 23/1/1844 (poco después de la muerte de Aguado), y que comienza:

"En el nombre de Dios Todopoderoso a quien conozco como hacedor del Universo, digo yo, José de San Martín..." (desmentía a los que lo creían ateo, como el fraile Zapata, de Santiago de Chile, que antes de Chacabuco lo comparó con Martín Lutero en un sermón, diciendo a los fieles que debían llamarlo simplemente "Martín" y no "San Martín" porque no era santo sino hereje como su tocayo alemán).

Los sabedores de sus Logias lo creían masón, pero a su hija en las "máximas" le había enseñado a respetar todas las religiones.

No recibió la eucaristía al morir, y en su testamento ordenó:

"Prohibo que se me haga ningún género de funeral, y desde el lugar en que falleciere se me conducirá directamente al cementerio sin ningún acompañamiento; pero sí desearía que mi corazón fuese depositado en el de Buenos Aires" (la ciudad que tantas veces fue dura con él).

De las 2 nietas, Josefa Dominga, después señora de Gutiérrez Estrada, y Mercedes, sólo una sobrevivió a sus deudos para ser la última guardadora del museo paterno, cuando falleció la madre.

Fuera de su hija, sus nietas y su yerno, "cuya honradez y hombría de bien no ha desmentido la opinión que había formado en él, lo que no garantiza continuara haciendo felicidad de su hija y nietas".

Pensó en sus parientes de España: "a María Helena, viuda, que no veía desde la adolescencia, 1000 francos anuales y a su muerte 250 a Petronila, su hija".

Pensó en el hijo varón que había deseado y no tuvo, y en algún nietecito, "si es que lo tengo".

No lo tuvo.

Que disponer sabe del arma que le había servido en su empresa americana, y escribió:

"El sable que me ha acompañado en toda la guerra de la Independencia de la América del Sur, le será entregado al Excmo. señor General de la República Argentina don Juan Manuel de Rosas como una prueba de la satisfacción que, como argentino, he tenido de ver la firmeza con que ha sostenido el honor de la República contra las injustas pretensiones de los extranjeros que trataban de humillarla".

Los jóvenes que combatieron al tirano criticaron esa manda. Pero San Martín no opina sobre el tirano, porque no se ha mezclado jamás en las luchas internas de la política argentina.

Servirá para que los amigos de Rosas, como Adolfo Saldías, la hagan valer en favor de éste.

Rosas lo había tratado con una consideración que los demás gobernantes del Plata nunca usaron con el proscrito.

La verdadera y única razón es la que menciona: "ha defendido la integridad nacional 2 veces; contra Francia y contra Francia e Inglaterra".

En carta a Gregorio Gómez, había escrito en 1839:

"Tú conoces mis sentimientos y por consiguiente yo no puedo aprobar la

REVISTA DEL NOTARIADO
Colegio de Escribanos de la Capital Federal

conducta del General Rosas cuando veo una persecución contra los hombres más honrados de nuestro país; por otra parte el asesinato del doctor Maza me convence que el gobierno de Buenos Aires no se apoya sino en la violencia. A pesar de esto yo no aprobaré jamás el que ningún hijo del país se una a una potencia extranjera para humillar a su patria".

Esta carta prueba la distinción que San Martín hace entre la política interna de Rosas, que vitupera, y su política exterior, que aplaude.

No lega el sable al Gobernador de Buenos Aires, sino al gestor que ha defendido la integridad del territorio patrio, o sea la independencia que él fundara con aquel sable.

De haber conocido el episodio del ofrecimiento de las Islas Malvinas en pago de la deuda a Inglaterra, es indudable que San Martín habría pensado de otro modo.

"Para comprender la actitud de algunos próceres, empezando por San Martín y siguiendo por Guido, Alvear, Vélez, etc., frente a la dictadura, hay que leer las cartas de los dos primeros, que transmiten el horror y el asco de la anarquía", escribió Abel Cháneton.

El estandarte de Pizarro, su único botín de guerra, lo ha prometido al presidente Castilla y ordena que sea devuelto al Perú.

Su corto patrimonio: Subsidios de la Argentina a su hija, magras pensiones del Perú y las prendas que le regaló su amigo Aguado, pertenece a Mercedes, la hija de su carne.

16 meses vivió en el piso alto de la casa N° 5 de la calle Grande de Boulogne Sur Mer, que había alquilado al doctor Gerard.

A pesar de todas las dolencias físicas y morales que sufrió en la vida, llegó a los 72 años con su mente vigorosa, pero ciego.

El 17 de agosto de 1850 el Señor lo recibió en su seno.

Su descendencia quedó trunca el 27/4/1924 al fallecer en París su nieta Josefa Dominga, que le había endulzado los últimos momentos.

XXI. EPÍLOGO

No fue un hombre tan austero como Mariano Moreno, a pesar de llevar una vida sencilla y de simple soldado.

Sin duda no era un libertino como su ministro Monteagudo, ni le atraía la popularidad como a Dorrego, o le seducía el mando y la autoridad como a Alvear; tampoco le agradaban la pompa, la vanidad, ni la grandeza, aunque durante su permanencia en el Perú habitó el Palacio de la Magdalena y usaba carroza, vistosos uniformes y llevaba una vida social más activa que en Santiago y Buenos Aires.

"San Martín es la personalidad más sobresaliente de la República".

"Sin su participación, la lucha por la independencia nacional se habría prolongado. Ningún contemporáneo aportó ideas más claras para lograrla", ha dicho Mitre.

Y el ingeniero Orlando Enrique Williams:

"El General San Martín tendrá que ser el arquetipo de esa nueva raza

REVISTA DEL NOTARIADO
Colegio de Escribanos de la Capital Federal

argentina que se está formando en las llanuras, los bosques, las selvas y las montañas de esta tierra nuestra, amada y fecunda".

Para finalizar resumiremos los tres momentos esenciales en la vida del libertador de América:

La hora del relámpago

En 1811, al romper el pacto con los Reyes y descubrir quién era, dijo:

"Serás lo que hay que ser o no eres nada"

La hora de la Montaña

En 1817, cuando durmió junto al Aconcagua desolado, soñando en América, sostuvo:

"Debo seguir el destino que me llama".

La hora del templo místico

En 1822, cuando en Guayaquil decidió su renunciamento, manifestó:

"Estoy y estaré retirado del mundo".

Tal la vida del que merece la veneración humana, porque fue con santidad de espíritu que sirvió a los hombres.

| |
|-----------------------------------|
| XXII. FUENTES DOCUMENTALES |
|-----------------------------------|

Bartolomé Mitre - Historia de San Martín.

Ricardo Rojas - El Santo de la espada.

Antonio Zinny - Historia de los gobernadores de las provincias argentinas (rareza bibliográfica, reimpressa en 1921 por La Cultura Argentina).

Vicente Fidel López - Historia de la República Argentina.

Pedro Goyena - Obra selecta.

Miguel Ángel Cárcano - La política internacional en la Historia Argentina.

Ricardo Levene - Historia del derecho argentino.

Orlando Enrique Williams - Remembranza del general José de San Martín - Conferencia en la Biblioteca Municipal de San Isidro de 20/12/1945.

Carlos Alberto Pueyrredón - La campana de los Andes.

Abel Cháneton - Historia de Vélez Sársfield.

Juan Bautista Alberdi - Cartas a la prensa y la política militante de la República Argentina. Obras escogidas, t, VII, pág. 353. Editorial Luz del Día, Buenos Aires, 1954.

REVISTA DEL NOTARIADO
Colegio de Escribanos de la Capital Federal